

El pensamiento de Ellacuría en torno a la reconciliación

por José Sols Lucia

*Conferencia pronunciada
el 10 de noviembre de 2009*

Forum Deusto

El pensamiento de Ellacuría en torno a la reconciliación

José Sols Lucia

Doctor en Teología y Licenciado en Historia Contemporánea

Ojalá que esta reflexión
acerca de Ignacio Ellacuría,
vasco universal,
pueda contribuir
a que algún día haya paz
en la tierra de todos los vascos.

1. De qué vamos a hablar

Ignacio Ellacuría fue una figura extraordinaria en muchos sentidos. La mayor parte de las cosas que le tocó vivir fueron impredecibles. Su trayectoria de formación como jesuita esbozaba una persona que se pasaría la vida como profesor de filosofía en las relativamente tranquilas aulas de la universidad, para lo cual había estudiado en Quito, en Innsbruck y en Madrid. De hecho, fue profesor de universidad hasta el final de su vida. Incluso murió en su campus universitario. No obstante, todo aconteció de un modo muy distinto a lo previsto. Los convulsos años 60, y los no menos movidos años 70, llevaron a Ellacuría a entender que toda su vida (su ser intelectual, su ser universitario, su ser cristiano, su ser jesuita, su ser presbítero) tenía que orientarse al servicio de las mayorías populares que en América Latina sufrían la pobreza socioeconómica y la opresión política propias del sistema poscolonial. Por si esto fuera poco, Ellacuría tuvo el acierto de no caer en la tentación de menospreciar la tradición cultural y filosófica europea, como hicieron otros, urgidos por el imperativo de servir a causas históricas de manera más práctica e inmediata. Al contrario, Ellacuría se pegó a la rueda de un gran filósofo, Xavier Zubiri, vasco como él, cuyo edificio filosófico, uno de los más formidables del siglo xx, contribuyó a construir.

Entre las convulsiones que le tocó vivir a Ellacuría estuvo la fuerte represión militar a los movimientos de protesta en El Salvador, que pedían

un cambio estructural, concretamente una reforma agraria que permitiera a los campesinos vivir de la tierra, en lugar de verse obligados a abandonarla para apiñarse de mala manera en los suburbios de la capital, como el inmundo barrio de La Chacra. Y le tocó vivir también la guerra civil entre dos bandos: por un lado, el Frente, formado por el FMLN (Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional) y el FDR (Frente Democrático Revolucionario), y por otro el ejército nacional, apoyado por la oligarquía nacional (las famosas «catorce familias») y por el gobierno de los Estados Unidos de Ronald Reagan (1980-88) y de George Bush padre (1988-92). El papel de Ignacio Ellacuría, y de la UCA de El Salvador en general (Universidad Centroamericana «José Simeón Cañas»), de la que él fue rector desde 1979 hasta su muerte, en 1989, tuvo una relevancia enorme para preparar los Acuerdos de Paz de 1992. Ellacuría reflexionó mucho sobre el proceso de paz, escribió abundantes artículos, tuvo numerosas intervenciones en televisión, y nos dejó un formidable *corpus* sobre el tema de la paz y de la reconciliación, sin duda uno de los más interesantes de finales del siglo xx, que aquí analizaremos.

Nuestro objetivo no consistirá simplemente en analizar los textos de Ellacuría en su contexto histórico centroamericano de los años 80, sino sobre todo en extraer su reflexión acerca de la posibilidad de un proceso de paz en medio de un conflicto armado y acerca de la posibilidad de llegar a una reconciliación social y nacional, de manera que esta aportación suya pueda ser inspiradora para otros contextos históricos más cercanos a nosotros.

2. Algo de memoria histórica. El conflicto salvadoreño de los años 1970-92 en el marco de una doble coordenada internacional: Norte-Sur (la América Latina poscolonial) y Este-Oeste (la Guerra Fría)

Debemos recordar los parámetros históricos en los que se movió su reflexión para entender la aportación de Ellacuría.¹

2.1. Estructura socioeconómica poscolonial

El Salvador tiene una estructura económica que viene del colonialismo, un sistema semifeudal y semicolonial. La mayor parte de la tie-

¹ Seguiremos aquí el hilo del capítulo 1 de nuestro libro, SOLS, J.: *La teología histórica de Ignacio Ellacuría*, Trotta, Madrid, 1999. Algunos párrafos están tomados de allí. No los citaremos cada vez.

rra cultivable de El Salvador está en propiedad de unas pocas manos, las de las grandes familias salvadoreñas, descendientes de colonos. El cultivo que desde el período colonial se elabora en El Salvador es principalmente el café. No se trata de un sistema de cultivo para consumo de los salvadoreños, sino de un plan colonial en el que a cada región o subregión se le encomienda un producto para ser exportado: el consumidor está en el extranjero. En ese plan colonial, a El Salvador le toca el café y algo el algodón. El agricultor depende exclusivamente de la exportación y, por tanto, está sometido a los vaivenes de un mercado internacional que escapa a su control. Además, el café requiere mucho tiempo hasta que se produce la cosecha, por lo cual se necesita tener un capital inicial importante para subsistir y para trabajar el campo. Esto hizo que, durante décadas, los pequeños productores, agobiados por la necesidad de dinero, vendieran la futura cosecha a mitad del precio que luego tendría en el mercado, con el fin de disponer ya de dinero líquido. Son los grandes propietarios los que obtenían notables beneficios con esta operación de préstamo, sin tener que molestarse en trabajar el campo. Para complicar más la situación de los pequeños agricultores, que eran la mayoría de la población, el sistema fiscal perjudicaba a los pequeños productores, progresivamente endeudados, y favorecía a los grandes. Poco a poco, los campesinos fueron cediendo las tierras a los grandes propietarios, que no siempre las continuaron trabajando, y emigraron a la capital o al extranjero, sobre todo a los Estados Unidos, donde realizarían oficios en los estratos inferiores de la escala social.

El cultivo del algodón, otro fruto de la época colonial, requería muy poca mano de obra. Por ello, allí donde se implantaba, sobraban campesinos, que también acabaron emigrando a la capital o al extranjero.

En El Salvador hubo un crecimiento demográfico importante, sólo atenuado por las grandes masacres y por los procesos migratorios hacia el extranjero. Ese crecimiento, unido a la urgencia por obtener beneficios en el campo, llevó a un uso demasiado intensivo de la tierra durante décadas, con lo que se fue produciendo un agotamiento de la tierra. El hecho de haber importantes extensiones de terreno salvadoreño que ya no servían para el cultivo provocó una emigración a la capital o al extranjero.

De este modo, a lo largo del siglo xx, El Salvador ha permanecido con una estructura social en forma de pirámide achatada y escalonada. En la ancha base están la gran mayoría de campesinos endeudados o sin tierra y la población que ocupa los suburbios de la capital sin ofi-

cio ni beneficio. En el discreto centro de la pirámide hay una creciente clase media, con ingresos aceptables, suficientes para vivir entre la modestia y la holgura: profesores, abogados, periodistas, médicos, empleados de empresas, etc. Finalmente, en la estrechísima cúspide se encuentran las grandes familias, con una riqueza extraordinaria, con lujosas mansiones, tanto en El Salvador como en Estados Unidos, propietarias de gran parte de la tierra, de los bancos y de todos los grandes negocios del país, beneficiarias de préstamos a los pequeños propietarios. Dicho brevemente: la riqueza del país está en manos de las denominadas «catorce familias», que en la mayoría de los casos no invierten su riqueza para que dé fruto agrícola o industrial. Esto es lo que se denomina «origen estructural de la crisis salvadoreña».

2.2. *Los movimientos revolucionarios*

Los movimientos de izquierda quedaron como aletargados después de la masacre de 1932, en la que el ejército mató a cerca de 30.000 personas en pocos días, cuando el movimiento comunista empezaba a tomar cuerpo en el país. Con las noticias del triunfo de la revolución cubana de 1959, los movimientos de izquierda retomaron fuerza. Estos movimientos fueron consolidándose a lo largo de los años 60. El Concilio Vaticano II y, poco después, la Conferencia de Medellín (1968) hicieron ver, por primera vez, que la Iglesia tenía que dejar de legitimar el sistema establecido y debía promover un cambio de estructuras. Muchos hombres de Iglesia empezaron a concienciar a la multitud de su dignidad en cuanto seres humanos y de la necesidad de cambiar las cosas, a poder ser pacíficamente.

Durante los 70 creció el descontento popular por los fraudes electorales sucesivos, por la marcha atrás en la reforma agraria, por el fracasado golpe de Estado de 1979, que pretendía hacer avanzar algo el país en la dirección de una mayor justicia social, y por el aumento de las masacres a civiles perpetradas por el ejército y por paramilitares. El asesinato del arzobispo de San Salvador, Monseñor Óscar Arnulfo Romero, en marzo de 1980, gran defensor de los pobres y promotor de cambios estructurales en el país, hizo ver que la protesta pacífica ya no tenía futuro. Por todo ello, el 10 de octubre de 1980 diferentes grupos revolucionarios se unieron en el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN), que a su vez se uniría con el Frente Democrático Revolucionario (FDR), con la idea de constituir un Gobierno Democrático Revolucionario (GDR), que, de hecho, nunca llegó a existir. Así, la suma de una política de reformas que no reformaban nada, de un ejér-

cito que masacraba multitudes, y de unos grupos de izquierda que se unieron en un frente guerrillero común, daría lugar a una guerra civil de 12 años.

2.3. *La reforma agraria*

Uno de los puntos centrales a abordar en lo que concernía a la estructura del país era la reforma agraria. El sistema de propiedad y de explotación de la tierra era la cuna de los grandes males del país. Sólo una gran reforma a nivel nacional podía acabar con ello. En los años 60 y sobre todo en los 70, ya en tiempo de Ellacuría, se habló a menudo de esta reforma. A mediados de la década de los 70 el gobierno comprendió que era mejor llevar a cabo una reforma moderada para calmar los ánimos antes de que una oleada revolucionaria tomara las riendas del país. No obstante, en 1976, el gobierno y la asamblea legislativa cedieron a las presiones de las grandes familias, por lo que el plan de reforma se fue a pique. Fue substituido por uno nuevo que no valía nada. Ellacuría fue contundente e irónico en un editorial de ECA: «a sus órdenes, mi capital».

Se abrieron antiguas heridas. La izquierda revolucionaria perdía progresivamente la confianza en la posibilidad de cambios moderados anunciados por el gobierno. La vía de la insurrección revolucionaria se iba mostrando poco a poco como la única posible en un país donde una minoría rica lograba siempre lo que quería, legal o ilegalmente. Conviene recordar que en las elecciones de 1972 y de 1977 hubo fraude electoral, con lo que el pueblo aumentó su desconfianza en la democracia.

2.4. *El interés norteamericano por la región*

Durante estas décadas que siguieron a la Segunda Guerra Mundial, y en una mapa geopolítico mundial presidido por la Guerra Fría con su polaridad Este-Oeste, y más aún después de la revolución comunista cubana de 1959, los Estados Unidos empezaron a tener un progresivo interés en controlar la región centroamericana. El «patio trasero» de los Estados Unidos tenía que estar limpio. Las sucesivas administraciones norteamericanas apoyaron a la oligarquía de El Salvador y al ejército y les ayudaron a plantar cara al movimiento insurgente. En los 70 este apoyo fue algo moderado, pues El Salvador no era un país demasiado importante dentro de la región centroamericana: poca extensión de terreno, poca población (aunque en rápido crecimiento), sólo tiene

costa en el Pacífico. No cabe duda de que Guatemala, Honduras, Nicaragua o Panamá eran mucho más importantes a la vista de los Estados Unidos. Pero en 1979 triunfó la revolución sandinista en Nicaragua. Al mismo tiempo, el movimiento popular salvadoreño crecía con fuerza, Monseñor Óscar Romero clamaba cada vez con más ímpetu contra la estructura injusta y contra los asesinatos que los paramilitares perpetraban entre la población civil, y la UCA era un bastión de crítica política de alto nivel. La Administración Carter, primero, y sobre todo la Administración Reagan, después, cogieron miedo a este pequeño país, y empezaron a temer que se convirtiera en una nueva Cuba, pequeña pero molesta, como una piedrecilla en el zapato. La revolución se podía extender de un país a otro como la pólvora y acabar alcanzando a los grandes países: Colombia, Chile, Argentina, Perú, etc.

La Administración Reagan-Bush, durante la década de los 80, no se privó de ningún medio para ayudar a la oligarquía salvadoreña y al ejército. Con el descontento por las sucesivas juntas reformadoras que fracasaron, aumentó la fuerza de los grupos de izquierda, y con ellos la preocupación de los Estados Unidos. En la década de los 80, con la nueva Administración Reagan, El Salvador recibió todo tipo de ayuda económica y militar para acabar con el movimiento revolucionario. El Salvador, a pesar de ser una pequeña nación, fue durante aquellos años uno de los países más ayudados económicamente por los Estados Unidos, ayuda encaminada exclusivamente a derrotar al Frente. Durante la primera Administración Reagan (1980-84), la ayuda norteamericana para gastos de guerra fue enorme. En los años 80, la injerencia norteamericana en El Salvador fue total. La embajada norteamericana se convirtió durante esta década en el lugar donde se tomaban las grandes decisiones políticas y militares.

2.5. *La Fuerza Armada y las masacres*

A lo largo del segundo tercio del siglo xx, la Fuerza Armada salvadoreña tuvo una presencia ininterrumpida en la vida política del país. A finales de los 70 y sobre todo a inicios de los 80, grupos de paramilitares, en general liderados por el Mayor Roberto D'Aubuisson, llevaron a cabo masacres entre la población civil. El objetivo de las masacres era triple: 1/ causar bajas en el movimiento guerrillero; 2/ desmoralizar a la población y hacerle comprender que todo intento revolucionario era vano, ya que las represalias podían ser crueles; y 3/ disminuir la población campesina. No se trataba de masacres improvisadas, llevadas a cabo en caliente, sino de operaciones programadas fríamente y

aprendidas en cursos impartidos por los norteamericanos. Una prueba de ello fue lo acontecido en el entierro de Monseñor Romero. Las masacres abundaron durante los primeros años de la década de los 80.

2.6. *La guerra de 1981-1992*

La guerra de 1981-1992 fue una guerra civil como tantas otras, con dos ejércitos muy equilibrados: el ejército nacional, con un fuerte apoyo logístico y económico de los Estados Unidos, y el ejército guerrillero, con un dominio notable de los desplazamientos por el país, con habilidad para capturar armas del enemigo, con respaldo del gobierno sandinista de Nicaragua y también de Cuba y de la URSS. La gran carencia de la guerrilla era el espacio aéreo: no tenían aviación ni buenas baterías antiaéreas. La Administración norteamericana siempre temió que la región centroamericana se convirtiera en un «nuevo Vietnam» (lo cual habría sido nefasto para que el Congreso siguiera votando a favor de la ayuda económica y militar), y por ello evitó la implicación directa de soldados norteamericanos en los combates (excepto en Granada y en Panamá), aunque la presencia militar norteamericana fue muy importante en El Salvador, y en muchos casos semejante a la de Vietnam: uso de napalm, bombardeos masivos a los bosques donde se ocultaba la guerrilla, asesinato de población civil inocente bajo la «acusación» de ayudar al enemigo, uso desmesurado de material bélico sin atender a los gastos, etc.

Ellacuría concluyó muy pronto que nadie podía ganar la guerra por estar equilibradas las fuerzas. Ni unos ni otros le hacían caso, a pesar de que a menudo le consultaban. El gobierno estaba convencido de acabar aplastando a esa guerrilla con la poderosa ayuda norteamericana. La guerrilla estaba segura de su triunfo final, tal como había ocurrido en 1959 en Cuba y en 1979 en Nicaragua. Ambos se equivocaban. Avanzada la década de los 80 y con la mediación de Ellacuría y de la Iglesia en general, se iniciaron diálogos para una futura paz. En 1989 los diálogos iban dando buenos frutos, aunque todavía quedaba mucho camino por recorrer. Pero la extrema derecha (los Escuadrones de la Muerte de D'Aubuisson y otros grupos) no querían que esos diálogos prosperaran. Desde 1988, el partido de extrema derecha, ARENA, controlaba la Cámara de Diputados gracias a un fraude electoral, y desde marzo de 1989 el Presidente de la República era Alfredo Cristiani, miembro del ala moderada de ARENA, impuesto por los Estados Unidos para evitar que D'Aubuisson presidiera el país. Ellacuría entabló una cierta relación de colaboración con Cristiani, ya que lo encontraba

más dialogante que otros sectores del mismo partido, aunque también podía tratarse de un lobo con piel de cordero. Con Cristiani hubo diálogo gobierno-Frente. Pero el 31 de octubre de aquel 1989 todo se echó a perder, cuando los paramilitares pusieron una bomba que mató a 10 líderes sindicales de FENASTRAS.

Días después, en el ataque a la capital, el Frente operó con mucha habilidad. Se infiltró hasta en las colonias de gente rica, como San Benito o El Escalón. Se mezcló entre la población civil, creyendo que el ejército no se atrevería a bombardear barrios habitados. Pero el ejército lo hizo. El empate tantas veces anunciado por Ellacuría desde 1981 se hizo definitivamente patente. La guerrilla comprendió que no podía rematar al ejército. El gobierno vio que no podía parar a la guerrilla. Y el Congreso Norteamericano, ya con mayoría demócrata, ante la trágica noticia del asesinato de seis sacerdotes, se negó a enviar más ayuda a El Salvador. No quedaba otra solución que la paz. Ellacuría llevaba 8 años diciéndolo. Tuvo que morir para que le escucharan. El acuerdo de paz fue firmado en Nueva York el 31 de diciembre de 1991, último día en que Javier Pérez de Cuéllar ejercía como Secretario General de la ONU, uno de los principales promotores internacionales de este acuerdo, y la firma oficial y solemne, en presencia de jefes de Estado y de las cadenas de televisión, tuvo lugar en el palacio de Chapultepec (Ciudad de México), el 16 de enero de 1992. El Alto el Fuego empezó el 1 de febrero.

3. El significado del conflicto en la vida humana

La palabra «conflicto» suele tener connotaciones negativas, lo cual es un error.² El conflicto no es la expresión de la negatividad humana, sino la expresión de la diversidad y de la limitación humanas. Los seres humanos somos distintos unos de otros y vivimos en un contexto de limitación. El conflicto nace cuando dos o más individuos o dos o más grupos tienen interés por una misma cosa, y esta cosa es limitada. No hay conflicto por la luz del sol, ilimitada, pero sí por el agua, o por el petróleo, o por un río, o por unos prados. Ahora bien, el conflicto no tiene por qué ser el estado habitual de la existencia humana. Los hombres deben intentar resolver los conflictos, de la misma manera que se

² Seguimos aquí el hilo de nuestra reflexión al respecto en: Sols, J.: *Atrapados en la violencia: ¿hay salida?*, Imdosoc, Ciudad de México, 2008, 41-43.

protegen contra el frío o contra la lluvia, sin que podamos decir que el frío o la lluvia sean nada malo. El problema surge cuando intentamos resolver un conflicto mediante el uso de la violencia, en el que el fuerte vence al débil. A continuación, el fuerte escribe la historia, y la escribe dando a entender que él tenía razón. Puede que tuviera razón, pero no fue la razón, sino la fuerza, lo que hizo que se impusiera sobre el débil. En las guerras entre países, los vencedores escriben la historia. Por otro lado, las revoluciones pretenden acabar con estructuras políticas y económicas injustas cuando los medios pacíficos para acabar con ellas están agotados. No obstante, en muchos casos las revoluciones dan paso a estructuras todavía más injustas que las precedentes. El error reside en creer que la violencia es la mejor manera de resolver un conflicto. Es la peor de todas. Y lo es porque, aun cuando gane el que tenga la postura más justa, su legitimidad futura no residirá en su razón, sino en su fuerza, y además habrá sembrado la semilla de la venganza en el perdedor, quien, al hacerla crecer, identificará su idea, la errónea, con la verdad del oprimido por la fuerza, y la idea de su oponente, la correcta, con el error, por el hecho de haber sido impuesta por la fuerza. Tenemos, pues, dos errores: 1/ creer que el conflicto es algo negativo; y 2/ creer que la mejor resolución del conflicto es la violencia. Frente a esto, hay que defender dos tesis: 1/ el conflicto es algo positivo, por ser expresión de la diversidad; y 2/ la resolución del conflicto puede, y debe ser, pacífica.

4. La violencia no soluciona el conflicto: lo agrava y lo reproduce

Ahondemos en esta idea. La violencia no soluciona los conflictos. Más bien tiende a agravarlos e incluso a reproducirlos, esto es, a hacer que nazcan nuevos conflictos derivados del primero. El psicoanalista libanés Adnan Houballah acompañó durante años a víctimas del conflicto civil de su país, y señaló que las cuatro etapas típicas en una guerra civil son las siguientes:³ 1/ el enfrentamiento ideológico: aquí se oponen corrientes ideológicas, visiones acerca de la sociedad, acerca de la dirección que en el futuro debe seguir el país; 2/ el enfrentamiento entre comunidades: con el tiempo, se radicalizan los planteamientos, y ya nos basta con diferencias ideológicas, al fin y al cabo, poco visibles; se apela a algo más visible, a la pertenencia a tal o cual grupo ét-

³ HOUBALLAH, A.: *Le virus de la violence. La guerre civile est en chacun de nous*, Albin Michel, París, 1996, 171-180.

nico, racial, religioso, lingüístico; ello cohesiona enormemente al grupo frente al enemigo; el lenguaje religioso da a la causa un carácter de algo absoluto, indiscutible; 3/ el enfrentamiento dentro de la comunidad: cuando muere el líder de la comunidad, sus sucesores se disputan el liderazgo; cada uno cree tener toda la razón y cada uno cree que el otro es un traidor al líder difunto, con lo que estalla el conflicto violento dentro de la propia comunidad; y 4/ el enfrentamiento dentro de la familia: no siempre todos los miembros de una familia pertenecen al mismo grupo étnico-religioso-cultural-lingüístico, por lo que cada uno se siente llamado a luchar por su comunidad frente a sus cuñados, sobrinos, primos, pertenecientes a otras comunidades. Cuando se llega a este cuarto grado, la guerra civil alcanza su zénit de irracionalidad. En Sarajevo, había múltiples matrimonios entre serbios, bosnios y croatas, que convivían pacíficamente hasta que el asedio serbio a la ciudad dinamitó la paz en muchos hogares. No en balde Ellacuría advirtió en 1984 de que la guerra civil salvadoreña corría el peligro de libanización: «Podría ser aceptable un cese del fuego que incluyese la estabilización de la situación presente, la cual incluiría, en la práctica, un período en que ninguna de las partes hiciese ningún tipo de incursión militar; bastaría, pues, con una tregua que reconociese una situación de hecho, mientras se llega a una solución final. Pero al gobierno no le resulta aceptable, ni se lo tolerarían otras fuerzas, pues la delimitación de territorios implica una división territorial del país, lo cual, a la larga, supondría como poco una libanización de El Salvador de fatales consecuencias para el futuro».⁴

Ellacuría defendió a menudo que la violencia no era una buena solución. No sólo no lo era, sino que agravaba aún más el conflicto, ya que cada muerte daba razones a los compañeros, amigos y familiares de la víctima para tomar las armas, como hemos estado viendo estos últimos años en Israel-Palestina, donde jóvenes palestinas, a menudo de carácter pacífico, hacían de bomba suicida-asesina, y *a posteriori* se sabía que lo habían hecho para vengar la muerte de su hermano asesinado de manera cruel e injusta por el enemigo. Así lo decía Ellacuría en 1984: «Ante todo, cada vez va apareciendo más claro, después de cuatro años de guerra civil, que la solución puramente militar no puede traer una paz justa y a tiempo de detener el proceso de destrucción,

⁴ ELLACURÍA, I.: «Las primeras vicisitudes del diálogo entre el gobierno y el FMLN-FDR», en: ELLACURÍA, I.: *Veinte años de historia en El Salvador (1969-1989). Escritos políticos*, UCA Editores, San Salvador (El Salvador), vol. III, segunda edición, 1993, 1.319. A partir de ahora: EE.PP.

antes de que se vuelva irreversible. La guerra que comenzó en enero de 1981 ha demostrado que puede potenciar a ambas partes en conflicto, pero no puede —no ha podido— poner en franca superioridad a una sobre otra. () Por otro lado, son innegables los enormes costos de la prolongación de la guerra tanto en vidas humanas y en destrucción de la infraestructura económica o en la militarización de la vida social y política, en la degradación de la coexistencia social y en tantos otros efectos, cuya superación va resultando cada vez más difícil no sólo para nuestra generación, sino para las futuras. Ha llegado el momento de decir que los bienes atribuidos a la guerra pueden ser consolidados y superados sin ella». ⁵

Además, la prolongación de la guerra no hace sino fortalecer a los extremos, que es lo peor que le puede pasar a una sociedad. Los extremos siempre están en contra del diálogo, y el fracaso de un proceso de diálogo da munición a los extremos frente a los moderados: «Para la extrema derecha y para amplios sectores de la Fuerza Armada, el mayor fracaso del diálogo es su éxito máximo; para Estados Unidos el relativo fracaso del diálogo es un relativo éxito, mientras que el éxito del diálogo es para Duarte [presidente del país, democristiano,] un éxito parcial y el éxito total del diálogo es para el FMLN-FDR un éxito importante. No verlo así es un error de la izquierda, que puede volver a favorecer el endurecimiento de la situación por incompreensión del momento, como lo hizo en 1976 con la transformación agraria, en 1979 con el golpe de octubre, en 1980 con las posiciones moderadas del coronel Majano. Este criterio de a quién favorece y a quién desfavorece el diálogo es comprobable y las posiciones que respecto de él tienen los sectores extremistas, hoy ya satisfechos, porque ven el diálogo en malas condiciones, deben iluminar a quienes piensan que lo más urgente en El Salvador, de momento, y lo más importante para el futuro, es relegar de una vez por todas a la oligarquía al lugar que le corresponde. Hoy, la oligarquía está segura de conservar su puesto secular, si el diálogo fracasa, como se sintió segura cuando fracasó el golpe del 15 de octubre. No todo está todavía perdido, pero está ya en trance de perderse. Y si se pierde la oportunidad del diálogo, se malbarata y destruye otra vez una sólida esperanza para la mayor parte del pueblo salvadoreño. La responsabilidad será de quien la haya imposibilitado o simplemente no favorecido como se debiera». ⁶ Y por si esto fuera

⁵ *Id.*: «El aporte del diálogo al problema nacional», EE.PP., 1.329-1.330.

⁶ *Id.*: «Las primeras vicisitudes...», *op. cit.*, 1.326.

poco, Ellacuría afirma que continuar la guerra significa perpetuar la injusticia estructural que está en el origen del conflicto: «Aunque el hecho coyuntural más importante del país sea la guerra, no es la guerra la realidad fundamental. La realidad fundamental es que cuatro quintas partes de la población viven en condiciones inhumanas, ante todo por la falta de desarrollo económico adecuado y casi en el mismo plano por la falta de distribución adecuada. La historia nos dice, sin duda, que esa falta de desarrollo y de distribución tiene la misma raíz: la imposición del sistema capitalista en el país. Pero eso no obsta para que se reconozca que este país, que nunca ha tenido los recursos actuales para satisfacer ni siquiera mínimamente las necesidades básicas y los derechos fundamentales de la mayoría de la población, hoy los tiene menos que nunca, y nunca los va a tener, si no se encuentra, ante todo, el final de la guerra, pero también un sistema económico y político capaz de superar aquellos males estructurales que han hecho imposible la producción y la distribución adecuadas».⁷

Por tanto, la prolongación de un conflicto bélico es la peor de las soluciones. Simplemente, no es solución. Por el principio lógico de «reducción al absurdo», hay que afirmar que está en otras regiones la solución satisfactoria a un conflicto armado.

5. Características de un conflicto armado nacional

Ellacuría abordó un conflicto armado de ámbito nacional, esto es, una guerra civil. Este tipo de conflictos tiene unas características propias, distintas a las de un conflicto internacional, por ejemplo, entre dos países vecinos. Veamos algunos rasgos típicos del conflicto armado nacional.

5.1. *Qué es un conflicto armado nacional y qué es un conflicto armado internacional*

Un conflicto armado nacional discurre en el interior del territorio de un país y enfrenta a dos bandos que pertenecen a ese mismo país por razones ideológicas, aunque a veces puedan ser étnico-culturales o religiosas. Las razones ideológicas pueden ser de índole diversa: en ocasiones, son de tipo vertical —esto es entre clases sociales, como en el caso

⁷ *Id.*: «El aporte del diálogo...», *op. cit.*, 1.346.

de El Salvador—, y en otras son de tipo horizontal —entre visiones de la realidad nacional, por ejemplo, un conflicto nacionalista, como fue el caso de Irlanda del Norte o como es el caso de Sri Lanka—. Como hemos dicho, la guerra civil divide progresivamente a la sociedad nacional, primero por razones ideológicas, luego por razones étnico-comunitarias, a continuación por razones de liderazgo en el seno de una misma comunidad, y finalmente entra la división en los hogares. La guerra civil desune. El enemigo está en la ciudad, en la calle, en la escalera, en casa.

En cambio, la guerra internacional acontece entre países, normalmente por disputas de trazados fronterizos o por rivalidad colonial. La única ventaja que tiene la guerra internacional frente a otros tipos de guerra es que une al país frente al enemigo. El enemigo no está ni en la ciudad, ni en la calle, ni en la escalera, ni en casa, sino que está más allá de las fronteras. No obstante, todo lo demás son desventajas: la unidad nacional es falsa, ya que oculta problemas verticales importantes; toda la economía nacional se transforma en economía de guerra; se demoniza al otro país, cuando sería perfectamente posible crear con él múltiples lazos de amistad.

No obstante, hay que decir que muchos conflictos aparentemente sólo nacionales tienen una importante conexión internacional. En el caso que nos ocupa, resultó obvio que la losa de la Guerra Fría cayó sin piedad sobre «el Pulgarcito de América», El Salvador. Estados Unidos no quiso que ningún otro país latinoamericano, por pequeño que fuera, tuviera un gobierno revolucionario, después de los casos de Cuba y Nicaragua, con lo que puso en El Salvador un cortafuego al dominio latinoamericano, y ese cortafuego, más que detener el fuego, lo que hizo fue abrasar al país con 75.000 muertos. Por su parte, la Unión Soviética, Cuba y Nicaragua apoyaron cuanto pudieron al Frente para que este lograra un tercer triunfo revolucionario en América Latina, tras el cual esperaban que otros países del subcontinente, como Guatemala, Colombia, Perú o Bolivia, siguieran su ejemplo.

5.2. *Simplificación de la realidad: bipolarización creciente*

En la guerra civil —de hecho, en todas las guerras— se tiende a simplificar la realidad. Triunfan los planteamientos simples y sucumben los complejos. La realidad queda bipolarizada en dos lecturas: la nuestra, completamente correcta, sin matices; y la del enemigo, completamente errónea, también sin matices. En algún momento puntual de lucidez se puede atisbar que hay algo en nuestra postura que no es

correcto, y quizás algo en la postura enemiga que sí podría serlo, pero enseguida se supera esa tentación intelectual a fin de no hacer insanas concesiones al enemigo y de no desmoralizar a nuestras tropas, que tanto han sufrido. Una supuesta compasión hacia ellas hace que un tímido brote de autocrítica sea cortado de raíz.

La realidad se divide en «A» y «B», o lo que es aún más claro, en «A» y «no-A». O estás con nosotros o estás contra nosotros. Aceptar que la realidad se dividiese en «A» y «B» supondría aceptar implícitamente que podría haber unas lecturas «C», «D» y «E», pero hablar de «A» y «no A» corta toda pluralidad, ya que todo lo que no sea «A» (esto es, «B», «C», «D» o «E») es simplemente «no A», o sea, bando enemigo. Dado que los dos bandos del conflicto argumentan de esta manera dialéctica, aquellos pobres insensatos a los que se les ocurra hablar de otras lecturas («C», «D» o «E») serán crucificados, estén en el bando en que estén. Son la «tercera fuerza social» de la que hablaba Ellacuría, son «la tercera España» de la que hablaba Paul Preston, son «esa otra Alemania» de Dietrich Bonhoeffer, de Alfred Delp, de Rupert Mayer, de los hermanos Hans y Sophie Scholl, de Hannah Arendt o —en la Suiza alemana— de Karl Barth.

Estamos ante un fenómeno de bipolarización creciente, que es enormemente peligroso, dado que es gasolina para el fuego de la guerra y agua para el fuego de la paz. En los conflictos humanos, nada hay más peligroso que la bipolarización extrema.

5.3. *Ideologización de los discursos*

En los conflictos bélicos nacionales, todo tiende a quedar supeditado a las ideologías enfrentadas. Parece que nada escape a esta bipolarización. Cualquier tema de la vida nacional es reinterpretado con la clave del conflicto bélico. Sólo hay una línea ideológica, con dos extremos, y todos los temas se sitúan en esta línea, quizás más hacia un extremo, quizás más hacia el otro, pero nunca fuera de ella. De este modo se identifican posiciones que no tienen nada que ver: en El Salvador, al que buscaba una transformación democrática de la estructura agraria se le llamaba «comunista» y «guerrillero»; en el otro lado, al que cuestionaba alguno de los planteamientos del Frente se le llamaba «capitalista», «imperialista», «contrarrevolucionario». De hecho, Ellacuría fue criticado abiertamente por los dos bandos de la guerra civil, lo que prueba que no se identificó con ninguno de ellos, aunque sí se identificó con la causa de los pobres, que el Frente pretendía defender, sin identificarse nunca con este. No olvidemos este matiz, que es importante.

5.4. *Quién representa al pueblo*

A) LOS DOS BANDOS SE AUTOPROCLAMAN REPRESENTANTES DEL PUEBLO

En los conflictos bélicos nacionales, cada bando pretende ser el representante legítimo del pueblo. Se habla del pueblo, así, en singular. Normalmente, cuando el discurso viene de la izquierda se habla de «pueblo», y cuando viene de la derecha, de «nación», aunque hay excepciones. Cada bando sabe que no «todo el pueblo» está con él, ni «toda la nación», pues, de ser así, ya no habría guerra. No obstante, cada bando considera que la práctica totalidad de la sociedad (pueblo o nación) está de su lado, mientras que en el otro lado no hay más que un puñado de impresentables.

Ellacuría enseguida percibió este error colectivo de apreciación, esto es, el hecho de que los dos bandos se atribuyeran la única representación legítima del pueblo o de la nación. En palabras de Ellacuría, de 1986: «Todo el mundo apela al pueblo, como si el pueblo entero estuviera detrás de sus posiciones; pero se le da poca oportunidad para que exprese su voluntad y manifieste sus intereses. Algunos partidos políticos pretenden incluso acallarlos, porque se consideran a sí mismos como la única forma o, al menos, la forma más real, de representar la voluntad popular».⁸ No obstante, ambas partes suelen tener un serio problema de legitimidad: «También se da una divergencia muy importante en la autoridad política y en la legitimidad moral que cada una de las partes se atribuye a sí misma y atribuye a la contraria. El presidente Duarte piensa contar con una legitimidad total, al haber sido elegido libremente en unos comicios caracterizados por la afluencia masiva de votantes y por el carácter libre y no fraudulento de los mismos, en el marco de una Constitución, que habría sido aprobada con toda legalidad por una asamblea, también elegida con todas las garantías; sus oponentes no están de acuerdo con este planteamiento, pues desconocen la legitimidad moral de ambos eventos electorales, por cuanto se dieron en circunstancias que no permitían la expresión democrática de la voluntad popular, confirmado este juicio por el hecho innegable de que a ellos no les fue posible participar. Por su parte, el FMLN-FDR considera que cuenta con verdadera legitimidad y con un firme respaldo de gran parte de la población, en razón de que ha defendido durante años, con grandes sacrificios, los intereses de las mayorías populares; de que ha sido víctima de una represión espantosa y de que ha conseguido

⁸ *Id.*: «El Salvador en estado de diálogo», EE.PP., 1.419.

un poder militar capaz de desestabilizar completamente a sus adversarios, si éstos no fueran respaldados por una potencia extranjera. De ahí que el FMLN-FDR sostenga que en El Salvador se dan hoy dos poderes en conflicto; mientras que Duarte sostiene que sólo se da un poder legítimo, un poder que, por otra parte, tiene una consistencia que no tiene el FMLN-FDR, al cual considera tan sólo como un grupo alzado en armas, que pudo tener justificación años atrás, pero que no la tiene ya. El presidente Duarte acepta que el FMLN-FDR sea una fuerza y aun un poder fáctico con el cual ha de llegarse a algún acuerdo, pero no le atribuye ya ninguna legitimidad y menos acepta que [en el conflicto salvadoreño] se trate de dos poderes con los mismos derechos o dos poderes que deben tratarse de igual a igual. Ni de hecho ni de derecho está dispuesto [a] aceptar tal planteamiento. Incluso no quisiera hacer nada que lo legitimase ni siquiera como parte beligerante en una guerra civil».⁹

Incluso no pocos obispos negaron que el Frente tuviera respaldo popular por el hecho de no haberse presentado a unas elecciones supeuestamente democráticas. Ellacuría desactivó esta crítica al mostrar que en una guerra civil las elecciones no son el único canal de representación popular, y puede que ni siquiera sean un canal, por el hecho de no haberse celebrado en condiciones de verdadera democracia. Por ello, apela a otros criterios de representatividad: «Cualquier observador imparcial sabe que, hasta ahora, tras cincuenta años de elecciones, no se puede decir que se haya podido manifestar a través de las elecciones la voluntad popular, y esto no sólo por el fraude del recuento, sino, lo que es más grave, por el fraude de la presión y por el fraude de la enorme desigualdad de oportunidades a la hora de hacer la propaganda. Cualquier observador imparcial sabe también que para marzo [de 1982, dentro de cuatro meses,] no puede haber condiciones mínimamente aceptables para una campaña política que dé un mínimo de legitimidad a las elecciones. Cualquier analista puede predecir que nada cambiará tras las elecciones, porque el poder real del país no sale a elecciones, sino que está establecido de antemano. En estas condiciones no se puede aducir la negatividad de ir a elecciones como prueba de poca popularidad, de escaso respaldo popular. Además, en esto del respaldo popular hay que medir cantidad y cualidad, y después valorar su combinación. Hay grados de respaldo popular: una cierta simpatía, disposición a votar, membresía¹⁰ organizada, colaboración activa,

⁹ *Id.*: «Las primeras vicisitudes...», *op. cit.*, 1.317-1.318.

¹⁰ En algunos países latinoamericanos se escribe «membrecía» para referirse a «membresía», lo cual es tolerado por algunos diccionarios hispanoamericanos.

disposición a la vida. En esta escala parece muy probable que las organizaciones van adelante de cualquier partido en los tres últimos criterios, que son los más valiosos en una coyuntura política excepcional, como es la de El Salvador actual. Ninguna otra organización política tiene tantos miembros y tan decididos como las organizaciones populares; ninguna cuenta con la capacidad de trabajo y sacrificio como ellas. ¿Qué otra cosa significan las casi treinta mil víctimas de la represión? ¿Por qué se reprime bárbaramente al pueblo si no es porque se supone que sus víctimas son actual o potencialmente simpatizantes activos de las organizaciones revolucionarias? Y no se diga que se mata por igual a los de derecha y a los de izquierda, y que matan igual los de derecha que los de izquierda. Esto es sencillamente falso y está probado por las más variadas estadísticas y testimonios». ¹¹

B) LA TERCERA FUERZA SOCIAL

En casi todos los conflictos bélicos nacionales suele haber un importante segmento de población, a veces incluso mayoritario, que no está representado por ninguno de los dos bandos. Es aquel sector —o aquellos sectores, ya que no siempre es homogéneo— que tiene una percepción de la realidad distinta a las percepciones de los dos bandos, unas necesidades que ninguno de los dos frentes recoge, unas aspiraciones no perseguidas por ninguno de ellos. Es lo que Ellacuría denominó «la tercera fuerza social», y es en esta tercera fuerza donde para Ellacuría se jugaba el futuro pacífico del país. En 1984 escribía: «Hay muchos sectores salvadoreños que no se sienten plenamente representados ni por una fuerza ni por otra y hay temas de gran envergadura que no tienen por qué ser decididos por ambas tan sólo». ¹² Dos años más tarde, en 1986, escribía: «los partidos políticos han hecho todavía muy poco a favor del diálogo. Más aún, hasta tiempos recientes han tenido miedo de abordarlo, ¹³ no porque el pueblo no lo reclamara, sino porque temían la represalia y el castigo de los pocos, pero muy poderosos, que se oponían a él. Han tenido que ser los representantes de la *tercera fuerza social* quienes han tomado la iniciativa del diálogo y se han convertido en los canales operativos de esa gran demanda popular. Han sido los sindicatos, las cooperativas, las

¹¹ ELLACURÍA, I.: «La declaración conjunta mexicano-francesa sobre El Salvador», EE.PP., 1.253.

¹² *Id.*: «El aporte del diálogo...», *op. cit.*, 1.355.

¹³ Nos hemos tomado la licencia de escribir «abordarlo» donde el texto decía erróneamente «abandonarlo».

organizaciones humanitarias, las iglesias, las universidades, los gremios, etc., los que más han luchado por hacer del diálogo un problema nacional, y situar a todo el país en estado de diálogo». ¹⁴ Más adelante analizaremos los conceptos, típicamente ellacurianos, de «diálogo nacional» y de «estado de diálogo». Quedémonos ahora con la idea de «tercera fuerza social», ese gran segmento de la sociedad no representado por ninguno de los dos bandos en conflicto bélico, y que quiere una solución dialogada: «Es un hecho indiscutible que cada vez aumenta y se intensifica el ambiente de diálogo en El Salvador. La presión ambiental ha forzado al presidente Duarte a proponer una nueva reunión de las partes en conflicto. Su propuesta y la subsiguiente aceptación de la misma, por parte del FMLN-FDR han contribuido a su vez a la densificación del ambiente de diálogo. Este hecho se manifiesta en la gran cantidad de fuerzas sociales que se pronuncian sobre el diálogo, la mayor parte de ellas en un sentido positivo». ¹⁵ Ellacuría ve que la salvación del país pasa por escuchar a esa tercera voz, no recogida por ninguno de los dos bandos del conflicto armado, una voz múltiple formada por gran número de entidades, grupos, asociaciones, iglesias. Es la voz de los que no quieren la guerra, de los que quieren la paz, de los que no creen en los extremos ni en los reduccionismos ideológicos.

6. El largo camino hacia la paz

Hablemos ya del largo camino hacia la paz. Pero, ¿es posible?, ¿existe ese camino?, ¿se puede llegar a ese horizonte?, ¿de qué paz hablamos? Cuando se está inmerso en el conflicto bélico nacional, la paz parece una quimera. Se cree que no llegará nunca. Se cree también que el conflicto tiene un carácter único, no comparable a ningún otro: así se creía en la Guerra Civil española, en Israel-Palestina, en Irlanda del Norte, en El Salvador, en Sudáfrica, en la región africana de los Grandes Lagos.

Ellacuría estaba convencido de que la paz era posible, pero afirmaba que había que trabajar por una paz verdadera, y no una paz cualquiera, y que había que llegar a ella dialogando, y no disparando. El recorrido es muy largo. Veamos cuál es.

¹⁴ ELLACURÍA, I.: «El Salvador en estado de diálogo», EE.PP., 1.419.

¹⁵ *Ibid.*, 1.417.

6.1. *Analizar las causas profundas del conflicto*

No tiene sentido analizar las posibles soluciones a un conflicto bélico si no se abordan las causas profundas que lo provocaron. Decimos «profundas» porque en historia nunca hay que confundir el gas con la chispa que lo hace estallar. Si una casa salta por los aires como consecuencia de una fuga de gas, lo que hay que estudiar es cómo fue posible la fuga, no cómo saltó la chispa. Chispas las habrá siempre (cada vez que se enciende un interruptor); fugas no debería haberlas nunca. Resulta tentador decir que «no hay que mirar atrás, sino hacia adelante», que «hay que pasar página», que «buscar las causas profundas del conflicto no hará sino poner sal en la heridas». Pues no. Es fundamental estudiar las causas profundas del conflicto, ya que si no se abordan, los conflictos violentos irán resurgiendo cíclicamente, aproximadamente cada 30 años, que es, por ejemplo, lo que va, en El Salvador, de la matanza de 1932 a los movidos años 60, y que corresponde a lo que en historia se considera una generación.

En esto Ellacuría era implacable: «No se trata con ello de terminar con la guerra de cualquier modo. No se puede terminar con la guerra más que cuando haya la seguridad razonable de que no volverán a darse las condiciones que la hicieron estallar. Esto no implica que deba esperarse a superar los males y las injusticias estructurales que secularmente han crucificado al país, pues tal tarea es de todos y por mucho tiempo. Implica tan sólo que se asegure una situación global y una correlación de fuerzas que impulsen el proceso justo para conseguirla de una forma eficaz, lo cual exige, sin duda, la presencia activa en el proceso de quienes más han hecho por cambiar las cosas. El fin de las hostilidades sin garantías suficientes no traería la pacificación y, menos aún, una paz justa y consolidada. Las mismas causas y los mismos agentes producirán antes o después los mismos efectos, si en lo fundamental las mismas circunstancias siguen igual. Desde otro punto de vista sería una vergüenza nacional que hubiera sido en vano tanta sangre derramada y tanto trabajo realizado, y lo sería, si no se lograra un avance sustancial hacia un nuevo orden social, no estructurado según los intereses de las minorías, sino según las necesidades y la voluntad de las mayorías».¹⁶ ¿Cuál fue, entonces, la causa profunda del conflicto salvadoreño, esa causa que —según Ellacuría— había que abordar decididamente para evitar que provocara cíclicamente conflictos bélicos? Sin duda, la injusticia estructural, fruto de siglos de colonialismo, tal

¹⁶ *Id.*: «El aporte del diálogo...», *op. cit.*, 1.349.

como afirma en este comentario que hizo Ellacuría acerca de la visita del Papa Juan Pablo II a Centroamérica y el Caribe: «Esa paz implica terminar con lo que se piensa ser la raíz última de todos los males, incluida la falta de paz: la injusticia estructural, las estructuras injustas»;¹⁷ «el Papa reiteró lo que había dicho en otras ocasiones: que la raíz última de los males que afligen a la región está, en última instancia, en la injusticia estructural, en los sistemas injustos que secularmente se han impuesto sobre la región».¹⁸

6.2. «*Realitas semper maior*»

En el análisis de la realidad conviene darse cuenta de que la realidad histórica siempre es más compleja de lo que ciertas simplificaciones ideologizadas, enfrentadas entre sí, pretenden hacernos ver. Las ideologías son legítimas, pero, en su obsesión por convencer a la sociedad, tienden a caer en ideologizaciones, en enmascaramientos de la verdad, que deben ser detectados y denunciados por la investigación científica social y por la filosofía, en su función crítica. «*Realitas semper maior*», podríamos decir emulando aquella frase de la teología, «*Deus semper maior*». La realidad siempre es mayor. Siempre supera a las ideologizaciones, incluso a las ideologías. «Hay un peligro de que la parte gubernamental y la parte revolucionaria se arroguen prerrogativas que no les competen. Es mucho lo que ambas partes pueden y, consiguientemente, deben hacer para resolver el conflicto, pero esa obligación no las faculta para decidir [acerca] de todo. No es sólo que el ejecutivo tiene que respetar las competencias del poder legislativo y del judicial, ni que el FMLN-FDR tiene que reconocer la existencia de fuerzas sociales que no le han dado su representación; es también que los grandes problemas nacionales desbordan las competencias y las posibilidades de unos y de otros. Una interpretación que dividiera toda la realidad política del país entre la parte gubernamental y la parte revolucionaria, fuese la que fuese la cuota de legalidad y de poder distinta que se atribuye a cada una de ellas, desfiguraría esa realidad».¹⁹ No se puede dejar el análisis complejo de la realidad histórica en manos de ninguno de los bandos en conflicto, ni siquiera en manos de los dos juntos en un proceso de diálogo, ya que la realidad siempre es mayor

¹⁷ *Id.*: «Mensaje ético-político de Juan Pablo II al pueblo centroamericano», en: ELLACURÍA, I.: *Escritos teológicos*, UCA Editores, San Salvador (El Salvador), vol. III, 2002, 60. A partir de ahora: EE.TT.

¹⁸ *Id.*: «El viaje del Papa a Centroamérica», EE.TT., 37.

¹⁹ *Id.*: «El aporte del diálogo...», *op. cit.*, 1.356.

que las aproximaciones partidistas y sesgadas que unos y otros puedan hacer, e incluso mayor que la visión de conjunto que puedan llegar a tener ambos bandos juntos, fruto de un pacto en la cumbre. «*Realitas semper maior*».

6.3. *Hacer intervenir a terceros agentes*

A) LA UNIVERSIDAD

Por ello es importante abrir paso a otros agentes, cuantos más, mejor, y cuanto más serios, aún mejor. En el análisis de las causas profundas del conflicto bélico nacional tiene un papel fundamental la universidad. Esta institución, lejos de posicionamientos partidistas, debe aportar análisis rigurosos acerca de la realidad histórica, debe decir a la sociedad de dónde vienen históricamente los grandes males que sufre el país y por dónde hay que ir para resolverlos. Esta es una de las funciones prioritarias de la universidad: «La forma específica con que la universidad debe ponerse al servicio inmediato de todos es dirigiendo su atención, sus esfuerzos y su funcionamiento universitario al estudio de aquellas estructuras que, por ser estructuras, condicionan para bien o para mal la vida de todos los ciudadanos. Debe analizarlas críticamente, debe contribuir universitariamente a la denuncia y destrucción de las injusticias, debe crear modelos nuevos para que la sociedad y el Estado puedan ponerlas en marcha. Insustituible labor de la universidad en su servicio al país como un todo y a todos los ciudadanos. De esta orientación se aprovecharán además los profesores y estudiantes al vivir en una universidad, que al ser lo que debe ser, les ofrece una tarea crítica y creadora, sin las que no hay formación universitaria».²⁰ Es un trabajo complejo y largo, pero que hay que hacer con valor, y hay que hacerlo desde el interior mismo de la sociedad, sin esperar que desde fuera nos den las soluciones: «[la UCA] desea buscar soluciones centroamericanas para los problemas centroamericanos».²¹

B) LA TAREA PASTORAL Y ÉTICO-POLÍTICA DE LA IGLESIA

Ellacuría dio mucha importancia al papel que podía desempeñar la Iglesia, las iglesias en general y la católica en particular. El hecho de

²⁰ *Id.*: «Discurso de la Universidad Centroamericana 'José Simeón Cañas' en la firma del contrato con el Banco Interamericano de Desarrollo (BID)», en: *Id.*: *Escritos universitarios*, UCA Ed., San Salvador, El Salvador, 1999, 22-23.

²¹ *Ibid.*, 20.

que El Salvador fuera un país mayoritariamente católico le daba mucho juego a la Iglesia. Ellacuría estaba convencido de que la tarea pastoral de la Iglesia en Centroamérica tenía una importante dimensión ético-política —y no era en absoluto una posición sectaria de alguien corto de miras que pretendía barrer para casa—. A la Teología de la Liberación se le había criticado su intromisión en política; se le había dicho que la política no era terreno adecuado para presbíteros, religiosos ni teólogos. Obviamente los teólogos de la liberación decían que el anuncio del Evangelio en un mundo estructuralmente injusto comportaba denunciar las injusticias y promover un cambio estructural. Así lo hizo el Papa Juan Pablo II en su viaje a Centroamérica y el Caribe, cosa que Ellacuría aprovechó para mostrar que había quedado definitivamente claro que lo ético-político forma parte del trabajo pastoral de la Iglesia: «No podrá, por lo tanto, decirse ya más que la Iglesia se sale de su cometido cuando se esfuerza en resolver el conflicto político, militar y social de El Salvador, y cuando intenta hacerlo superando el ámbito de la interioridad para abrirse al campo de lo estructural y público. El Papa lo ha hecho de modo explícito y lo ha hecho no como jefe de Estado o como autoridad suprema de una organización multinacional, sino como pastor y obispo para decirles lo que deben hacer. Los políticos podrán hablar de injerencia extraña en los problemas nacionales o de injerencia en los problemas políticos, pero el ejemplo y las razones del Papa sirven para mostrar que esos problemas no son meramente políticos, sino estrictamente morales y éticos: son problemas, si se quiere, no religiosos, pero que, sin embargo, tienen que ver con la salvación cristiana, con la fe cristiana a la cual pertenece, intrínseca e indisolublemente, la promoción de la justicia y el rechazo de todo cuanto deshumaniza al hombre».²²

Más en concreto, Ellacuría dice que una de las misiones centrales de la Iglesia, en un contexto de enfrentamiento bélico y de lento proceso de paz, consiste en promover la reconciliación entre las partes enfrentadas: «De ahí que la Iglesia salvadoreña no podrá descuidar, ni por un momento, su ministerio ético y político de reconciliación; si lo descuidara o relegara a segundo plano, estaría faltando gravemente a su misión y al mandato del Papa. La Iglesia de El Salvador debe ponerse de lleno a trabajar en la solución de la crisis del país, mucho más de lo que lo ha hecho hasta ahora y de un modo distinto. De lo contrario, no hubiera sido necesaria esta palabra tan apremiante y tan nueva del Papa».²³ Y es que

²² *Id.*: «Juan Pablo II y el conflicto salvadoreño», EE.TT., 21.

²³ *Ibid.*, 21-22.

el Papa no podía haber sido más claro en su visita pastoral, al definir que la misión de la Iglesia incluye la promoción de la armonía, de la paz y de la reconciliación. Así lo resumía Ellacuría: «El Papa recuerda que, en esta ocasión, es propio del obispo ser “artífice de armonía, de paz y de reconciliación”, no sólo en el ámbito de la Iglesia, sino también en el de la comunidad nacional, porque los verdaderos pastores son “portadores de un mensaje de salvación que invita a la fraternidad y a la solidaridad humanas”. El Papa insiste en que el problema de El Salvador tiene una dimensión política, pero tiene sobre todo una dimensión ética; insiste en que la Iglesia está a favor del hombre, en toda su integridad y dignidad, de modo que aguarda y alimenta los verdaderos valores humanos; insiste en que, tratándose de una acción predominantemente cristiana, la Iglesia debe constituirse en fuerza moral ante una crisis que tiene fuerte relevancia moral. La razón última de todo ello es que la libertad y la dignidad de la persona humana se fundan sobre el doble aspecto del amor, el amor hacia Dios y hacia los hermanos. Más aún, el Papa está convencido de que sólo un poderoso rearme moral, una vigorización de los valores evangélicos pueden traer la paz, la libertad y la justicia no sólo a los individuos sino al pueblo entero; por eso, los obispos y sus colaboradores están “llamados a ser ministros y testigos de la obra de reconciliación en la perspectiva del ideal evangélico de la caridad, que Cristo propuso a sus seguidores y a todos los hombres”, por ser el único que última y definitivamente puede superar los enfrentamientos entre ellos».²⁴

C) MEDIADORES INTERNACIONALES: EL CASO DEL GRUPO DE CONTADORA

Otro agente que puede tener importancia en un proceso de paz son los mediadores internacionales. Hablamos de países de la región, cuyos dirigentes tengan ascendencia moral sobre los dos bandos del conflicto bélico nacional. El denominado «grupo de Contadora» (Colombia, México, Panamá y Venezuela), constituido en 1983, desempeñó este papel en el conflicto salvadoreño, y en general en la problemática política y socioeconómica de Centroamérica. No necesariamente todos los miembros de un grupo de este tipo tienen la misma autoridad sobre los dos bandos, pero el grupo como tal sí la tiene. Ahí reside su autoridad moral.

La sensación de soledad suele ser angustiosa en los conflictos nacionales. «Nos están matando y al mundo no le importa». Eso explican,

²⁴ *Ibid.*, 20-21.

por ejemplo, supervivientes de la matanza de Rwanda de 1994, donde casi un millón de tutsis, y de hutus moderados, murieron a manos de hutus extremistas. Cuentan que el hecho de verse abandonados por el mundo les sumía en la desesperación.²⁵ En cambio, cuando se celebran conferencias internacionales, reuniones, cumbres, para abordar un conflicto nacional, las partes podrán protestar por injerencia, pero en realidad se sienten apoyadas y comprendidas.

D) GRUPOS SIMBÓLICOS DE RECONCILIACIÓN: EL CASO DE IRLANDA DEL NORTE

No se puede esperar a que dialoguen los que están en la cumbre. La base social tiene que adelantarse y tiene que presionar hacia arriba. Recuerdo el día en que visité la ciudad de Belfast, en Irlanda del Norte, en 1989, con un amigo. En aquel tiempo, el conflicto norirlandés estaba en pleno apogeo. Paseando por las calles de la ciudad tuvimos la impresión de estar en medio de una guerra: soldados parapetados y apuntando como si estuvieran en el frente, vehículos ardiendo en la calle. Fuimos acogidos por una comunidad religiosa femenina. Las religiosas nos explicaron que ellas participaban en un grupo de oración de protestantes y católicos. Ante nuestra sorpresa, dado el clima de agresiones violentas que había entre ambas comunidades, las religiosas nos dijeron que formaban parte de ese grupo para mostrar que lo que les unía —la fe en Dios y el amor a los hombres— era más grande que lo que les separaba —su condición de filoirlandeses o de filobritánicos—. Con aquella humilde oración ecuménica y transnacionalista estaban preparando una posible futura reconciliación nacional.

Deben surgir grupos, religiosos o no, que anticipen ya la utopía. Son utópicos, son casi escatológicos. En Israel-Palestina hay una orquesta formada por judíos y palestinos. En los conflictos bélicos nacionales, deben surgir grupos que muestren que la fraternidad es posible.

6.4. *Dialogar nunca es un delito*

Ellacuría siempre tuvo claro que dialogar nunca es delito, y que nunca es inmoral. Le llamaron de todo por promover el diálogo. De diferentes flancos le dijeron que dialogar con los del otro lado significaba

²⁵ Recomendamos la lectura de: RUSESABAGINA, P.: *Un hombre corriente*, Península, Barcelona, 2007. La historia de Paul Rusesabagina, asistente de dirección del Hotel des Milles Collines, en Kigali, Rwanda, durante la matanza hutu de 1994, inspiró la película *Hotel Rwanda*, de Terry George.

legitimar su posición, y esto no es verdad. Dialogar significa reconocer que el otro existe, no que el otro tenga razón. Un ejemplo: los educadores, psicólogos y capellanes de cárceles dialogan habitualmente con los presos, algunos de los cuales son criminales, y nadie cuestiona este diálogo. Otro ejemplo: en la diplomacia internacional, el presidente de un país democrático dialoga con el dictador de otro país, y tampoco nadie cuestiona ese diálogo.

El problema reside en el hecho de que, en los enfrentamientos bélicos, sean de guerra civil o de revolución, cada parte se atribuye toda la razón y no acepta que la otra tenga ni pizca de razón. Dialogar con la otra parte supone darle en algún momento la palabra, lo cual podría mostrar que esa parte quizás sí tiene algo de razón, o incluso mucha. Por ello los extremos suelen defender la idea de que dialogar con el enemigo supone darle alas a su discurso. Pues no. Dialogar con el otro es reconocer que está ahí, que existe, que es un hermano, que tiene algo que decir y que debemos escucharlo. Cuanto más le demos la posibilidad de hablar, menos sentido encontrará a la lucha armada.

Así se expresaba Ellacuría en 1984: «Desde hace meses las encuestas muestran un incremento constante en las opiniones favorables al proceso del diálogo. Este incremento se ha visto forzado tras la buena impresión causada por el primer encuentro de La Palma. Tras él, más de un 80 por ciento de los encuestados aprobaba la iniciativa y sólo un 8 por ciento estaba contra ella. Ya meses antes, cuando toda la propaganda iba a favor del proceso electoral, las encuestas mostraban un alto índice interesado en que se probara el proceso del diálogo como vía alternativa o complementaria. Datos tanto más significativos cuanto que la palabra diálogo, como años atrás el término reforma agraria, se consideraba concepto subversivo, cuyo uso podía atraer y atraía consecuencias represivas. No sólo se habla ya con mayor confianza del diálogo, sino que se lo aprecia como una propuesta nacional, hoy oficializada gubernamentalmente, y ya no como una iniciativa del FMLN-FDR. Al ser promovido por las Naciones Unidas, por la Internacional Socialista, por Juan Pablo II y, en el interior del país, por la Iglesia y por la Unión Popular Democrática, entre otras fuerzas sociales, se ha ido consolidando, al menos como posibilidad, desde una perspectiva mayoritaria».²⁶ Y un año después: «El diálogo anunciado en las Naciones Unidas por el presidente Duarte, iniciado en La Palma y paralizado en Ayagualo, ha representado una novedad en el enfrentamiento ci-

²⁶ ELLACURÍA, I.: «El aporte del diálogo...», *op. cit.*, 1.332-1.333.

vil salvadoreño. Hasta que Duarte tuvo la audacia de proponerlo o de aceptarlo era prácticamente un delito y un peligro de muerte hablar de él; después de su propuesta ya no lo es. Y esto implica un avance importante, cuyas consecuencias hay que tener muy en cuenta, sobre todo después de reabrir su discusión tras el resultado de las elecciones y tras el viaje del presidente a Estados Unidos».²⁷

A) RESPUESTA A LAS OBJECIONES AL DIÁLOGO

Ellacuría respondió metódicamente, una a una, a las objeciones que se hacían al diálogo. Había que hacerlo. Había que despejar el camino antes de recorrerlo. No resulta fácil caminar por la senda del diálogo cuando todavía no está claro que sea una buena idea recorrerla. Ellacuría deja claro que no se trata de entrar en un juego dialéctico sin fin acerca de las razones a favor o en contra del diálogo (en este caso, utiliza sobre todo el concepto de «negociación»), sino de darse cuenta de que las supuestas dificultades ante la negociación no son más que «pseudodificultades»,²⁸ superables con el uso de la inteligencia. Veamos cuáles son estas objeciones, y presentaremos a continuación de cada una de ellas la respuesta que propone Ellacuría:

1. *Primera objeción, en defensa de la formalidad democrática:* «Se dice que las negociaciones desconocerán la voluntad popular que se manifestó en las elecciones de marzo de 1982 y que debe manifestarse en las nuevas elecciones». Esta suele ser una objeción habitual allí donde hay democracia, cosa que en el caso de El Salvador era algo discutible, ya que no se puede hablar de democracia cuando miles de personas mueren cada año asesinadas por el ejército nacional por razones políticas. Ellacuría contesta lo siguiente: «Es falso que las elecciones pasadas o que las elecciones inmediatamente futuras sean argumento contra un proceso de negociación. Nadie se ha atrevido a preguntarle al pueblo si quiere o no quiere negociación. Aun aceptando que en las elecciones de marzo de 1982 hubo ochocientos mil votantes (), y, desde luego, no un millón y medio como se quiso hacer creer, la conclusión de ese hecho no es que cientos de miles rechazaran la negociación. La interpretación más correcta es que buscan la paz, una paz que, precisamente, no se la han podido dar las elecciones. Por otro lado, si el actual gobierno tiene una cierta representación popular no desdeña-

²⁷ *Id.*: «El diálogo del gobierno con el FMLN-FDR: un proceso paralizado», EE.PP., 1.367.

²⁸ *Id.*: «Diez tesis sobre un proceso de negociación», EE.PP., 1.289-1.290.

ble, en virtud de esa representación, podría acercarse a la mesa de negociación, al ver que por el camino de la guerra no ha podido dar al país paz y seguridad».²⁹

2. *Segunda objeción, que presenta la sospecha acerca de la mala voluntad del enemigo*: «Se objeta que los comunistas nunca van de buena fe a ninguna negociación y que, una vez que han alcanzado el poder, abusan de él y expulsan de su ejercicio a los demás».³⁰ Ellacuría contesta que no hay que dar tan por supuestas las intenciones del enemigo, ni tampoco idealizar la propia, que está lejos de ser inmaculada: «Ante todo, no debe darse por supuesto que el resultado inmediato de las negociaciones vaya a ser que los “comunistas” tomen el poder; ni debe darse por supuesto que no puedan tomarse cautelas para que, en el caso de que lo tomaran, lo dominasen por completo. () Por otro lado, no es legítimo lanzar esta acusación por parte de quienes se han apoderado del poder del Estado una y otra vez, contradiciendo flagrantemente el veredicto de las urnas. () La objeción, en definitiva, sólo prueba que las negociaciones han de ser cautelosas y garantizadas, pero no que sean imposibles».³¹

3. *Tercera objeción, que defiende que lo que cuentan son las elecciones*: «Se insiste en que las elecciones son la mejor forma de respetar la voluntad popular y de llegar a una estabilidad social y política verdaderamente democrática».³² La respuesta de Ellacuría es extensa y matizada; en ella cuestiona que haya verdadera democracia en El Salvador (cuando escribe el texto, en 1983, ¡ya ha habido 50.000 muertes por causas políticas en sólo tres años!), por lo que el valor de las elecciones queda relativizado:

«El Salvador ha tenido elecciones por más de cien años y los cien años han demostrado que no cualquier tipo de elecciones es la solución adecuada para el secular problema salvadoreño. Esto no quiere decir que las elecciones no sean un instrumento democrático apto; tan sólo quiere decir que no son de fácil manejo para conseguir con ellas los resultados que se propugnan.

Pero lo importante en la coyuntura es afirmar que no hay condiciones objetivas para unas elecciones que, en primer lugar, sean verdaderamente representativas y, en segundo lugar, que sean capaces

²⁹ *Ibid.*, 1.284.

³⁰ *Ibid.*

³¹ *Ibid.*, 1.285.

³² *Ibid.*

de resolver el problema. Por lo que toca al primer aspecto, hay un sinnúmero de razones que lo prueban: ya han tenido que ser retrasadas sobre lo propuesto por Estados Unidos, porque ni siquiera se contaba con lo indispensable para tenerlas; la guerra, la represión y el terror mantienen al país dislocado y sin posibilidad para hacer unas campañas razonablemente iluminadoras; no hay posibilidad alguna de que ni el FDR ni el FMLN participen, porque los hechos demuestran día a día que ni siquiera se deja vivir a sus simpatizantes, cuánto menos hacer propaganda en busca del poder; quienes triunfen en estas condiciones no podrán ejercer de verdad el poder, pues seguirán privando las exigencias de la guerra, que ponen muy en segundo plano las exigencias de un determinado partido político. Por lo que toca al segundo aspecto, es también claro que poco podrán hacer los ganadores por resolver el problema del país, pues se verán enfrentados no sólo con el FDR-FMLN, sino también con los partidos perdedores, que dificultarán su gobierno, sobre todo aprovechándose del estado de excepción que supone el hecho fundamental de la guerra; si ganara ARENA (Alianza Republicana Nacionalista), se verían entonces menos posibilidades de diálogo y negociación y si ganara el partido Demócrata Cristiano, la posible voluntad negociadora de este partido se vería fuertemente obstaculizada, tanto por lo que estuviera dispuesto a conceder como por las presiones a las que se vería sometido, al ser tachado de promarxista, vendepatria, etc.

Lo más probable es que en los primeros meses de 1984 se tengan elecciones, de las cuales habría que sacar el mayor provecho posible en orden a unas futuras negociaciones, a las cuales deberían someterse aquéllas y no éstas a aquéllas. La razón es que se puede negociar tanto el final de la guerra como unas elecciones válidas, mientras que las elecciones son de por sí insuficientes tanto para terminar con la guerra como para favorecer un proceso negociador».³³

4. *Cuarta objeción, según la cual al país sólo le interesa un triunfo del ejército*: «Se afirma que sólo un triunfo militar por parte de las Fuerzas Armadas permitiría la preservación de los valores democráticos, occidentales y cristianos».³⁴ De nuevo Ellacuría contesta extensa y matizadamente:

«Hay que aceptar la realidad de que la Fuerza Armada ha tenido un poder prácticamente indiscutido y casi ininterrumpido desde 1932; ese poder ha sido suficiente hasta ahora para que en El Salvador no se haya dado un régimen marxista-leninista. Pero concluir de ahí que la Fuerza Armada haya preservado valores democráticos, oc-

³³ *Ibid.*, 1.285-1.286.

³⁴ *Ibid.*, 1.286.

cidentales y cristianos en El Salvador es una evidente falacia. En los últimos cincuenta años, El Salvador se caracteriza por lo que la jerarquía católica ha denunciado como pecado social, esto es, todo lo contrario a lo que serían los valores cristianos y democráticos: se caracteriza por la injusticia estructural, por la opresión y la represión, por la violación creciente de los derechos humanos, especialmente, del más importante de todos ellos, el derecho a la vida, como lo han reconocido los propios representantes de la Fuerza Armada en la proclama del 15 de octubre de 1979. Asimismo, como lo han reconocido algunos miembros prominentes del ejército y, desde luego, los organismos veladores de los derechos humanos, ha sido la Fuerza Armada junto con los cuerpos de seguridad la principal causante de las muertes violentas ocurridas en El Salvador, como lo denunció públicamente el embajador norteamericano, Deane Hinton. Por todo lo cual, cabe concluir que un triunfo militar de la Fuerza Armada retrasaría más la presencia efectiva en el poder de los partidos políticos libremente elegidos y supondría un robustecimiento del militarismo imperante en El Salvador inmemorialmente.

Por otro lado, la imprescindible reestructuración y el mejoramiento de la Fuerza Armada no se facilitaría con el triunfo militar, a pesar de que, en el caso de que se diese, no debería atribuirse a la oficialidad, sino a la dirección de los asesores norteamericanos. En efecto, la guerra ha demostrado hasta ahora la poca capacidad de la oficialidad salvadoreña para conducirla, lo cual ha hecho imprescindible que la dirección de la misma pase a manos de la oficialidad norteamericana, a la cual todavía se le pide triplicar sus efectivos para poder triunfar militarmente. Aunque parezca paradójico, en estas circunstancias, un triunfo militar no sería lo que más favorecería el perfeccionismo de la Fuerza Armada y su correcta integración en la marcha del Estado y de la sociedad».³⁵

5. *Quinta objeción, que defiende que la guerra es una agresión externa al país, por lo que el diálogo no tiene lugar:* «Se insiste en que la guerra es fruto de la agresión de fuerzas externas, una lucha importada, frente a la cual el diálogo y la negociación resultarían mecanismos injustos e inútiles».³⁶ Ellacuría responde que «esta afirmación desconoce el hecho de que las causas del conflicto salvadoreño son fundamentalmente endógenas, de modo que los apoyos internacionales a la revolución tienen un valor muy relativo y probablemente cada vez menor. Hoy día no es aventurado sostener que el FMLN tiene dentro del país la suficiente fuerza social y militar para ser tenido en

³⁵ *Ibid.*, 1.286-1.287.

³⁶ *Ibid.*, 1.287.

cuenta por sí mismo y aun para continuar el conflicto sin grandes ayudas externas y, desde luego, con ayudas mucho menores en hombres y recursos extranjeros de las que necesita la Fuerza Armada para no ser derrotada. La autonomía política y la consistencia ideológica y organizativa del FMLN hacen imprescindible que se lo tenga en cuenta, pues ninguna ayuda externa hubiera sido eficaz sin ese poder interno; es posible que su independencia respecto de Nicaragua y Cuba sea mucho mayor que la del gobierno de El Salvador respecto a Estados Unidos, potencia que ni siquiera es latinoamericana. No es, pues, correcto el diagnóstico que desconoce la realidad endógena y la importancia real del FMLN, que hasta ahora no ha podido ser derrotado militarmente». ³⁷

6. *Sexta objeción, en la que se dice que el FMLN no ha de lograr en la mesa de negociación lo que no ha logrado en el campo de batalla*: «En la misma línea se insiste en que el FMLN no debe conseguir en la mesa de negociación lo que no ha podido conseguir en el campo de batalla». ³⁸ Ellacuría, frente a esta objeción, afirma que «si el FMLN no ha podido ser derrotado en el campo de batalla tras años de lucha y con tanta ayuda norteamericana, parecería que ya ha llegado el momento de convencerlo en la mesa de negociación. La guerra lo que ha hecho hasta ahora es robustecer militarmente al FMLN y darle consistencia para pedir u ofrecer negociación, y lo que el FMLN está presentando ahora es una alternativa para terminar cuanto antes con los costos de guerra y apresurar un desenlace. Por otra parte, seguir confiando en que de ningún modo se dará el triunfo militar del FMLN, supone seguir hipotecando más y más el país a la Fuerza Armada y a Estados Unidos; supone, asimismo, cerrar los ojos a los costos terribles de una prolongación de la guerra. Desde un punto de vista distinto y complementario podría decirse que en una mesa de negociación el FMLN no va a sacar lo que pretendería conseguir con una victoria militar, lo cual puede ser ventajoso y más aceptable para quienes temen los maximalismos del FMLN. No por eso ha de verse la negociación como pura maniobra con la que se pretende ganar tiempo y desmoralizar a las fuerzas gubernamentales; los costos que acarrearía al FMLN, dentro y fuera del país, el mal uso del proceso negociador serían tales que no es presumible que caiga en esa trampa; pero, aunque se presentara como una maniobra, lo cual no

³⁷ *Ibid.*, 1.287-1.288.

³⁸ *Ibid.*, 1.288.

parece ser el caso, la otra parte debería, a su vez, encontrar la respuesta adecuada, con la cual se neutralizarían los males que pudiera traer». ³⁹

7. *Séptima objeción, según la cual las partes en conflicto nunca se pondrán de acuerdo ni internamente ni entre ellas:* «Queda todavía la objeción de que el diálogo y la negociación son imposibles, pues no hay posibilidad para encontrar una base de acuerdo, primero entre cada uno de los grupos que constituye cada una de las partes, y luego entre las dos partes». ⁴⁰ Ellacuría admite que «esta es una de las objeciones más serias», por lo que, al menos, conviene buscar soluciones de transición: «¿Es posible que ARENA y el partido Demócrata Cristiano se pongan previamente de acuerdo para ofrecer una propuesta conjunta al FDR y al FMLN? ¿Es posible que las Fuerzas Populares de Liberación y el Ejército Revolucionario del Pueblo se contenten con lo que pudiera parecer suficiente al partido Comunista, a la Resistencia Nacional o al Movimiento Nacional Revolucionario? Por lo que toca, sin embargo, al FDR-FMLN, la oferta general de la negociación y de los demás temas principales está ya sobre la mesa, lo cual supone que han podido alcanzar un mínimo de acuerdo. Por lo que toca a la otra parte, aun sin minimizar la dificultad, hay que afirmar que ni el partido Demócrata Cristiano ni ARENA, ni cualquier otro partido, sería el interlocutor principal como tampoco son protagonistas de la guerra. El hecho es que ya se han dado algunos pasos previos de contacto entre Estados Unidos y el FDR-FMLN y de éstos con el gobierno de El Salvador a través de la comisión de paz; asimismo, los partidos han mostrado alguna apertura para discutir con el FDR-FMLN su participación en las próximas elecciones. Queda, no obstante, mucho por hacer. Sin embargo, la prolongada indefinición del conflicto militar y el agravamiento cada vez más profundo de la situación general podrían convencer a todos de que hay una indefinición efectiva del conflicto social, lo cual obliga al encuentro de soluciones de transición, que no por ser de transición dejen de ser sólidas. Si los diálogos que ya se han iniciado prosperan en alguna medida, todo sería más fácil e incluso sería pensable pasar por alto las oposiciones irracionales de quienes no tienen poder real decisivo más que en conexión con la Fuerza Armada». ⁴¹

³⁹ *Ibid.*

⁴⁰ *Ibid.*

⁴¹ *Ibid.*, 1.288-1.289.

8. *Octava objeción, la memoria de los miles de muertos habidos hasta ahora exige llevar la guerra hasta el fin*: «Hay que tratar también una objeción que viene sobre todo del FMLN: los cerca de cincuenta mil muertos que ha tenido el pueblo en esta lucha exigen proseguir la guerra hasta alcanzar el triunfo militar, por más que éste pueda costar y por más lejos que esté, pues los resultados de la negociación dejarían sustancialmente al pueblo en la misma situación que se encontraba antes de emprender la lucha». ⁴² He aquí la respuesta de Ellacuría:

«A esto hay que responder, por de pronto, que el sacrificio heroico de estos últimos años no puede ser estéril y no lo será si se da una negociación seria y si en ella se consiguen resultados importantes en beneficio de las mayorías oprimidas. Desde este punto de vista, hay que aceptar que por las condiciones objetivas y subjetivas del pueblo salvadoreño no podrían aceptarse unas negociaciones que no llevaran a resultados que habría que proponer como mínimos dinámicos indispensables para que el pueblo y sus organizaciones pudieran conquistar, en una política popular prolongada, los derechos fundamentales de los que han sido desposeídos para dar cuerpo y realidad a los ideales que han dado razón de ser a la lucha y han mantenido viva una esperanza interminable.

Aunque es sustancialmente distinta una situación lograda tras un triunfo militar que una situación resultante de una negociación, es también improbable por razones geopolíticas e históricas que tras un hipotético y alejado triunfo militar se pudieran conseguir resultados reales muy distintos de los que pudieran conseguirse en la mesa de negociación, sobre todo si los resultados de ésta se ven como principio de una nueva etapa y de una nueva estrategia y no como el final adquirido de una vez por todas. Por otro lado, no es razonable apostar por un triunfo militar futuro cuando no se tienen en la mano todos los datos empíricos que lo pudieran señalar como probable en un tiempo razonable y calculable, sobre todo si es que ese triunfo menos probable va a traer consigo costos ciertos de enorme envergadura para el propio movimiento popular y para el futuro de El Salvador». ⁴³

Como hemos visto, Ellacuría fue exhaustivo a la hora de recoger las objeciones a la negociación, algunas bastante razonables, y las fue contestando una a otra. Él mismo practicó lo que defendía: dialogar, escuchar al otro, argumentar, razonar.

⁴² *Ibid.*, 1.289.

⁴³ *Ibid.*, 1.289-1.290.

B) EMPEZAR POR EL DIÁLOGO ENTRE VÍCTIMAS DE LOS DOS LADOS: LA FUERZA DE LA DEBILIDAD DE LAS MADRES Y ABUELAS DE LA PLAZA DE MAYO

Como decíamos, el diálogo no puede iniciarse en la cumbre. Sirve de algo, pero de poco. El diálogo, con el precedente de los grupos simbólicos que ya hemos mencionado (utópicos, casi escatológicos), debe empezar por las víctimas, por los familiares de las víctimas, por los que más han sufrido. En la cumbre se discuten mapas, ideologías, interpretaciones de la historia, partes de un pastel. En cambio, en la base se comparte el sufrimiento. Nada une más que el sufrimiento. Este diálogo debe estar compuesto por dos elementos:

1. En primer lugar, *el relato de lo vivido*.⁴⁴ No el análisis de la realidad, sino el relato. El relato personal. Las víctimas han de poder contar su historia, y han de poder hacerlo extensamente. Hay que dar la palabra a las madres de los muertos, a las esposas de los presos, a los hijos de los desaparecidos. Hay que dar la palabra a los presos, a los lisiados de por vida. Y hay que escucharles con mucha atención y con un gran respeto. Es lo que se hizo en las «Comisiones de la Verdad y de la Reconciliación» («*Truth and Reconciliation Commissions*») de Sudáfrica, tras una larga historia de *apartheid* y de violencia racial. El relato no devuelve el hijo muerto a la vida, pero hace que la verdad aflore. La verdad de lo ocurrido. En aquellas comisiones se ponía frente a frente a los que habían disparado y a los familiares de las víctimas, y ambos grupos tenían que escucharse mutuamente durante horas. Todo esto está muy bien expuesto en el libro de Teresa Godwin Phelps, *Shattered Voices*.⁴⁵ Phelps explica que el hecho de dar la posibilidad a las víctimas de explicar la agresión sufrida es una forma de justicia, es la denominada «justicia narrativa», «una justicia —tomo las palabras de un curso impartido por el teólogo suizo, Mathias Nebel, analista de Phelps, en el IQS, Barcelona— que no es retributiva, sino restitutiva». Así, por ejemplo, la mujer cuyo marido ha sido asesinado durante una dictadura no puede recibir justicia retributiva alguna, ya que ninguna sentencia, por justa que sea, le devolverá la vida del marido, ni le quitará los años de dolor sin él. Sin embargo, al tener en cuenta que las dictaduras suelen acompañar sus brutalidades con relatos basados en mentiras, a la mujer en cuestión le resulta liberador poder explicar en público la historia de la muerte de su

⁴⁴ Seguimos aquí nuestro libro, SOLS, J.: *Atrapados en la violencia: ¿hay salida?*, op. cit., 34-36.

⁴⁵ Cfr. PHELPS, T.G.: *Shattered Voices. Language, Violence and the Work of Truth Commissions*, University of Pennsylvania Press, 2004.

marido y su propia historia de dolor. Se le devuelve a ella el relato verdadero. Si lo más grave de una dictadura, de cualquier violencia, es el secuestro del lenguaje, mediante el cual el torturador inyecta en el torturado un nuevo lenguaje, basado en la mentira, lo más grande que se puede lograr es precisamente dar al torturado la posibilidad de recuperar su lenguaje, basado en la verdad. Como dice Mathias Nebel, «la narración de la víctima recompone, reunifica, de manera sacramental, la identidad quebrada, lo cual se expresa muy bien con el verbo inglés *'to remember'*, que tiene el sentido de "recordar" y al mismo tiempo tiene también el sentido de "rememorar"». Por su parte, Robert J. Schreiter sostiene que la superación del sufrimiento que tiene como origen la agresión violenta «exige el desenmascaramiento de los falsos relatos que se abren camino en el interior de nuestra conciencia, individual y colectiva, sirviéndose de nuestra necesidad de sentirnos seguros y afirmados en nuestro ser. Sólo el descubrimiento y la aceptación de un relato liberador podrán redimirnos del poder seductor y embaucador de la mentira. () Sólo entonces, una vez que se ha recuperado una cierta esperanza de supervivencia espiritual, cabe comenzar a pensar en el perdón y la reconciliación como una posibilidad real». ⁴⁶ La importancia del relato basado en la verdad afecta tanto al agresor como al agredido, y ambos lo viven como una liberación. Ambos estaban atrapados en el relato basado en la mentira; ambos experimentan ahora la liberación a través del relato basado en la verdad.

2. Y en segundo lugar, *el silencio*. El silencio activo tiene un poder extraordinario. Un puñado de madres y abuelas de desaparecidos, de pie en silencio durante horas frente al Palacio de la Moneda, eso una y otra vez, durante años, acabó con la dictadura argentina. Un flacucho hombrecillo, Mahatma Gandhi, con más silencios que palabras, acabó con el dominio del imperio británico en India. Familiares de las víctimas de las dos partes de un conflicto nacional que se juntaran regularmente para orar unidas en silencio: eso tendría más fuerza que varios encuentros en la cumbre. Y esto lo puede promover la Iglesia.

C) DIÁLOGO NACIONAL: SUBSTITUIR EL ESTADO DE GUERRA POR UN ESTADO DE DIÁLOGO

Ellacuría insistió en que no bastaba con que el diálogo fuera entre líderes de bandos opuestos. La guerra tenía que ver con esos dos

⁴⁶ SCHREITER, R. J.: *Violencia y reconciliación. Misión y ministerio en un orden social en cambio*, Sal Terrae, Santander, 1998, 59.

bandos, decía, pero la paz tenía que ver con todos, por lo que todos debían ser escuchados: «la guerra es cosa de las partes en conflicto, mientras que la paz es asunto de todas las fuerzas y de todos los sectores del país». ⁴⁷ El diálogo tenía que ser verdaderamente nacional, a todos los niveles, un diálogo en el que todos los grupos pudieran participar. En 1984, cuando se iba abriendo un proceso de diálogo nacional, Ellacuría afirmó que, «con el diálogo, entendido como proceso nacional y no meramente como reunión de unos cuantos dirigentes, se abren nuevas posibilidades políticas, al introducir en el contraste político a las fuerzas del FMLN-FDR que hasta ahora aparecían como ajenas a todo proceso político». ⁴⁸ Siempre jugueteó con los conceptos, Ellacuría decía que había que sustituir el «estado de guerra» por un «estado de diálogo».

¿En qué consiste el «estado de guerra»? Resulta fácil de saber: balas y bombas por todas partes, violencia, agresiones, enfrentamiento, miedo, tensión, economía orientada al conflicto bélico desatendiendo necesidades humanas básicas.

¿En qué consiste el «estado de diálogo»? Según Ellacuría, «consiste en que la mayor parte de la población esté cada vez más consciente de la necesidad de un diálogo nacional a fin de ponerlo en marcha y de conseguir a través de él la paz que se necesita». ⁴⁹ Para ello, decía, «ante todo, se requiere la puesta en marcha de un gran sujeto colectivo. Cuanto más número de gentes se comprometa en la tarea, cuanto más pueblo se organice a favor de esta causa y cuantas más organizaciones de todo tipo se movilicen en esta dirección, tanto mejor para la paz. Es un error y una trampa pensar que el problema es tan sólo del gobierno y de los frentes revolucionarios. Como es ilusorio pensar que se puede delegar esta cuestión fundamental del diálogo nacional en manos de los partidos políticos, cuando han sido tan incapaces en promoverlo. () El diálogo nacional supone que la mayor parte de la población y la mayor parte de las organizaciones de todo tipo se pongan en estado de diálogo, esto es, que reflexionen sobre cuáles son las soluciones mejores para terminar con la situación calamitosa en la que vive la mayor parte de la población salvadoreña. Supone no sólo que reflexionen sobre sí mismos, sino que se abran a

⁴⁷ ELLACURÍA, I.: «Nueva propuesta de diálogo del FMLN-FDR: los dieciocho puntos», EE.PP., 1.428.

⁴⁸ *Id.*: «El aporte del diálogo...», *op. cit.*, 1.343.

⁴⁹ *Id.*: «El Salvador en estado de diálogo», *op. cit.*, 1.419.

escuchar lo que otras fuerzas o sectores dicen, no importando lo distante que estén sus opiniones». ⁵⁰ En el diálogo nacional deben intervenir todo tipo de agentes sociales, culturales y políticos. El país entero tiene que estar en estado de diálogo, tiene que estar en debate. Cuanto más se dialoga, menos se dispara. El diálogo, mucho más que un encuentro en la cumbre, tiene que constituir una cultura que penetre en todos los órdenes de lo social, un perfume que impregne cada brizna de aire nacional.

Así lo decía Ellacuría en una tesis sintética: «El debate nacional ha respondido a la necesidad de que los grandes problemas del país sean tratados, no sólo por las fuerzas políticas, sino también por las fuerzas sociales y, más en general, por toda la población». ⁵¹ Veamos una parte de su argumentación: «Hasta el debate nacional apenas se había tenido en consideración directa a las fuerzas sociales y a la mayor parte de la población para enfrentar los grandes problemas nacionales, entre otros, por ejemplo, el problema de la guerra con sus causas, sus efectos y sus soluciones. Se había partido del supuesto de que los grandes problemas nacionales son problemas políticos, cuya solución corresponde a los políticos —gobierno, Fuerza Armada, partidos—, dando por asentado, ⁵² en el mejor de los casos, que los sectores políticos tienen la representación plena de la sociedad. Así, hasta ahora el gravísimo y difícilísimo problema del diálogo había quedado restringido al gobierno y a la Fuerza Armada, por un lado, y al FMLN y al FDR por el otro. Ciertamente, el FMLN-FDR había convertido el diálogo de las partes en conflicto en un diálogo de amplia participación. Pero esto no se había conseguido. () La iniciativa de la Iglesia, al convocar el debate nacional, rompió este esquema e intentó que se pronunciaran las fuerzas sociales organizadas, aunque también arbitró un método para que el pueblo, al que no se le ha dado voz en este asunto, se manifestara de alguna manera. La Iglesia, al hacer esto, pretende ampliar el comportamiento ⁵³ por la paz, pero también responde a una vieja doctrina de su magisterio social, según la cual tiene prioridad la sociedad civil sobre la sociedad política, más reconocida como Estado. Sin entrar en discusiones teóricas o constitucionales de a quién le corresponde la primacía en cuestiones que son más sociales que políticas, más cívicas que estatales, el debate nacional llena un vacío, el

⁵⁰ *Ibid.*, 1.419-1.420.

⁵¹ *Id.*: «El significado del debate nacional», EE.PP., 1.469.

⁵² Quizás Ellacuría quería decir «dando por *sentado*».

⁵³ El uso de la palabra «comportamiento» resulta aquí enigmático. Quizás Ellacuría quería decir «compromiso».

vacío creado por la ausencia de la sociedad y, en general, del pueblo en la búsqueda de la solución del conflicto armado». ⁵⁴

D) DIÁLOGO EN LA CUMBRE

Ahora bien, el diálogo en la cumbre tiene que acabar llegando. Ellacuría decía que, «ciertamente, una parte del diálogo nacional consiste en que dialoguen y negocien las dos partes en conflicto, y consiguientemente, es de interés nacional que todo el pueblo, como parte del diálogo nacional, exija y fuerce a que se dé cuanto antes ese diálogo entre el gobierno y el FMLN-FDR. Pero, siendo eso importante y tal vez lo más urgente, no es todo lo que cabe esperar del diálogo nacional». ⁵⁵ El diálogo en la cumbre viene precedido del diálogo nacional (lo que hemos denominado «estado de diálogo»), al que no puede substituir, sino complementar y completar. La cumbre recoge lo que viene de abajo. Es la síntesis final. Ese diálogo en la cumbre debe ser preparado minuciosamente, poco a poco, dado que lo que en él se resuelva marcará la vida del país durante años, y seguramente durante décadas.

Ellacuría siguió exhaustivamente los encuentros, públicos u ocultos, celebrados entre dirigentes de los dos bandos en conflicto. Los analizó concienzudamente. Los promovió con ímpetu. De hecho, dio su vida por ello, pues, cuando la guerrilla entró en la capital en una enorme ofensiva, en noviembre de 1989, estando Ellacuría en Barcelona, él decidió regresar al país, en lugar de quedarse en esta ciudad esperando que las cosas se calmaran; más aún, adelantó su regreso. El gobierno salvadoreño le pidió por fax que regresara cuanto antes para hacer de mediador, y, aunque muchos amigos de España, de El Salvador y de Nicaragua le dijeron que no volviera, porque interpretaban que aquella invitación era una trampa, él creyó en el gobierno, regresó y, dos días después, fue asesinado por el ejército nacional.

6.5. *Consensuar el horizonte: dignidad humana, paz verdadera, justicia social, libertad democrática*

Ahora bien, para sentarse a la mesa del diálogo hace falta tener un cierto lenguaje común, hace falta tener un mínimo horizonte común,

⁵⁴ ELLACURÍA, I.: «El significado del debate nacional», *op. cit.*, 1.469-1.470.

⁵⁵ *Id.*: «El Salvador en estado de diálogo», *op. cit.*, 1.419.

pues, de no haberlos, el diálogo sería imposible. Por ello, lo primero que hay que hacer es buscar qué une a las dos partes de un conflicto. Parece difícil, pero se puede intentar. Preguntemos a una de las partes: «¿qué buscan ustedes?». Seguramente nos contestarán algo así como: «lo mejor para el país». Preguntemos luego a la otra parte: «y ustedes, ¿qué buscan?». Nos contestarán: «lo mejor para el país». ¡Caramba!, resulta que están buscando lo mismo. Ya es algo. Vamos entonces a ver qué entiende cada una de las partes por «lo mejor para el país». Seguramente saldrán expresiones como «la defensa de la dignidad humana», «la paz», «la seguridad», «la prosperidad económica», «la justicia social», «libertad democrática». No deja de ser sorprendente cómo en la formulación del horizonte a perseguir los bandos opuestos se parecen mucho más de lo que habríamos podido imaginar *a priori*. La oposición entre ambos suele estar en la elección del camino a seguir para llegar a ese horizonte.

Aunque parezca irónico lo que estamos diciendo aquí —y, en parte, lo es—, sí es cierto que hay que intentar encontrar un cierto horizonte común de las partes en conflicto, sin el cual el diálogo sería casi imposible. Conviene explicitar qué es lo que busca cada parte y ver qué hay en común. El trabajo del diálogo consiste en regar, gota a gota, esa raíz viva del horizonte común para que pueda llegar a nacer el árbol de la paz.

En 1984, Ellacuría ya atisbó que había un horizonte común a los bandos enfrentados en la guerra: «hay coincidencia, al menos en principio y en abstracto, sobre los objetivos últimos que se deben perseguir: la implantación de un orden justo con libertad, donde las mayorías populares alcancen a disfrutar tanto un estado satisfactorio de justicia social como de libertades políticas». ⁵⁶ Ahora bien, Ellacuría sabía que también era mucho lo que les separaba, dado que alcanzar ese supuesto horizonte común suponía pasar por un terreno que uno u otro bando quizás no estaría dispuesto a recorrer: «la justicia social no podrá alcanzarse sin profundas y cada vez mayores reformas estructurales —y en esto se apartan ambas posiciones de la solución de la extrema derecha—, y la libertad política sólo será alcanzable por una democracia real, de la cual hayan desaparecido el abuso de poderosos grupos minoritarios, que amparados en la fuerza de las armas y en la militarización de la vida política, han vaciado a la democracia de todo sentido popular para convertirla en un caparazón formal, donde el capitalismo reina a su antojo». ⁵⁷

⁵⁶ *Id.*: «Las primeras vicisitudes...», *op. cit.*, 1.314.

⁵⁷ *Ibid.*

En 1988, Ellacuría quiso ahondar de nuevo en esa zona común a todos los grupos, y él mismo quedó sorprendido de lo mucho que encontró:

«Estaría, ante todo, la convicción de la gravedad de la situación, que necesitaría un esfuerzo nuevo para llegar cuanto antes a su superación. Cualesquiera sean las mejoras que cada partido pueda ver en los años transcurridos desde 1979 hasta hoy, todos parecen estar de acuerdo en que siguen dándose graves males, sin cuya solución El Salvador no tiene posibilidad de enfrentar adecuadamente su destino histórico ni el pueblo salvadoreño su pervivencia nacional. Están los males de la miseria de una gran parte de la población como efecto de la mala estructura económica, política y social. Está el mal de la polarización y del enfrentamiento entre distintos sectores de la población. Está la violación de los derechos humanos y la violencia en todas sus formas. Pero está, especialmente, el conflicto armado, que consume una gran parte de los recursos nacionales y de la ayuda exterior, que destruye poco a poco la infraestructura económica y que imposibilita todo esfuerzo continuado y eficaz de renovación, sin la cual la salida del subdesarrollo en todos los órdenes (educacional, salud, vivienda, industrialización, etc.) se hace imposible para una población en constante crecimiento, no obstante la emigración. Contra todo este conjunto de males se han hecho distintos esfuerzos, pero no han resultado eficaces. De ahí que se requiera algo en alguna medida nuevo para salir tan pronto como es necesario de esta situación.

En segundo lugar, independientemente del análisis de causas y efectos, se acrecienta la necesidad sentida de encontrar cuanto antes la paz. Tal vez no de cualquier paz ni de la paz a cualquier precio. En algunos está todavía más vigente la necesidad de superar la injusticia y de asegurar que no se perpetúen los terribles males padecidos; en otros prepondera todavía el no perder sus privilegios o poner en peligro la posición adquirida o los propios intereses, pero en la mayor parte se siente cada vez con mayor fuerza la necesidad de la paz. ()

Entre estos medios [los medios más eficaces para lograr la paz], en tercer lugar, no tiene el primer rango la violencia. De momento, ninguno de los partidos políticos propone buscar la paz por el acrecentamiento de la violencia y de la guerra, a pesar de que entre los partidarios de la extrema derecha y de la extrema izquierda hay quienes proponen en forma distinta un escalamiento de la vía militar. Los partidos políticos consideran que una solución puramente militar o no es posible a corto plazo o ni siquiera es conveniente para la solución definitiva y consolidada de los males del país. De todos modos, el acrecentamiento de la violencia traería tantos males, que es preferible de todo punto el no entrar en él, a no ser como un último remedio, después de que hayan fracasado otros intentos no violentos.

En cuarto lugar, sin dejar de lado totalmente la presencia de lo militar y la vía de las elecciones, se pone más acento que nunca en el diálogo y la negociación. Para superar la división del país y el choque activo y violento, unos ponen más confianza en los procesos electorales, y más en general, en la consolidación del proceso democrático; otros ponen su confianza principalmente en la negociación. Para éstos, los procesos electorales traerían poca novedad y el país necesita algo nuevo para salir de su crisis. Pero, no obstante las diferencias, lo común estaría en la mayor importancia que se atribuiría al diálogo y a la negociación como medios, no suficiente y adecuadamente utilizados, para resolver el conflicto y llegar a un sólido consenso nacional. ()

En quinto lugar, ha ido cambiando el modo de entender el diálogo y la negociación. Antes se proponía predominantemente como cuestión entre las cúpulas de las dos partes en conflicto. Hoy se propone por casi todos en forma mucho más amplia. Debe haber un diálogo nacional, aunque se entienda éste de formas diversas. Unos dan mayor importancia a los partidos políticos y otros a las fuerzas sociales. Y, aunque no se articula bien la presencia de las cúpulas y del resto de los sectores nacionales, hay un cierto consenso en que el diálogo debe ser amplio, de modo que se tengan en cuenta las razones y los intereses de todos los sectores.

En sexto lugar, la negociación tiene un carácter relativamente abierto. Los partidos derechistas ponen ciertos límites como son la no violación de la Constitución y un especial cuidado con todo lo referente a la Fuerza Armada. Pero no por ello la negociación deja de tener una cierta apertura y flexibilidad, por cuanto no se ponen muchas condiciones previas para iniciar el proceso, no se hacen las propuestas de tal forma que no admita corrección, e incluso el conjunto del proceso aparece un tanto indefinido, ya que se deja a ulteriores acuerdos entre los partidos la determinación concreta de lo que éstos ofrecerían al FMLN-FDR. Lo que pierde en indefinición y falta de concreción, se gana de momento en flexibilidad. ()

En séptimo lugar, se acepta comúnmente que el marco de Esquipulas dos puede tomarse como marco de referencia para la pacificación regional y nacional. ()

En octavo lugar, los partidos parecen estar bastante de acuerdo con gran parte de las conclusiones a las cuales llegó el debate nacional organizado por la Iglesia». ⁵⁸

Esto es algo que suele sorprender al observador externo de un conflicto bélico o revolucionario. Escucha a las diferentes partes y se da cuenta de que tienen mucho más en común de lo que ellas mismas re-

⁵⁸ *Id.*: «Los partidos políticos y la finalización de la guerra», EE.PP., 1.460-1.463.

conocen. De lejos, croatas, bosnios y serbios nos resultan muy parecidos. ¿Y qué decir de los hutus y los tutsis? De lejos nos parece que una Irlanda del Norte irlandesa no sería tan distinta de una Irlanda del Norte británica. Su rivalidad, su odio, que en ocasiones viene de muy lejos en el tiempo, hace que las diferentes partes del conflicto sobredimensionen lo que les separa y minimicen lo que les une.

6.6. *La pacificación es anterior a la paz*

Ellacuría solía decir que la pacificación es anterior a la paz. A la paz no se llega de golpe, sino a lo largo de un largo camino de pacificación, un camino que a veces puede sonar a traición a la paz, por no ser idéntico cada uno de los momentos del recorrido al final buscado. Cuando vamos de excursión y queremos subir a una cumbre que está en dirección norte, a lo largo del ascenso iremos zigzagueando en diferentes direcciones. Al ver que en un determinado momento vamos hacia el oeste, alguien podría decir que estamos traicionando nuestro objetivo, pero no lo estamos haciendo; vamos hacia la cumbre, que está al norte, pero no vamos en línea recta, porque eso es, casi siempre, imposible. La pacificación es el zigzagueo lento pero seguro que nos lleva hacia la paz.

Por ello, la clave no reside en el «dónde estamos», sino en el «hacia dónde vamos». La clave no está en un momento en la historia, sino en un proceso dinámico. «Lo que se abre con el diálogo es un proceso, y en un proceso lo importante no son las metas alcanzadas de inmediato, sino los dinamismos que van a predominar en él»,⁵⁹ decía Ellacuría. Y defendía esta tesis con convicción: «El objetivo principal y último del diálogo es alcanzar cuanto antes un verdadero proceso de pacificación que posibilite la superación de los males estructurales que dieron paso al enfrentamiento y a la guerra».⁶⁰ Así justificaba Ellacuría su tesis: «Debe hablarse por lo pronto de pacificación y no de paz. Es claro que el objetivo de la pacificación es la paz, pero la paz es mucho más que la ausencia de la guerra y la ausencia de toda forma de violencia. Lo que necesitamos ya imperiosamente es la puesta en marcha de un vigoroso proceso de pacificación, que vaya encaminado a mediano plazo a la finalización de la guerra».⁶¹

⁵⁹ *Id.*: «Las primeras vicisitudes...», *op. cit.*, 1.322.

⁶⁰ *Id.*: «El aporte del diálogo...», *op. cit.*, 1.347.

⁶¹ *Ibid.*

Dado que lo importante es el dinamismo, el inicio del proceso es todo un éxito: «aunque el diálogo ya se ha abierto y ha encontrado, en principio, una acogida favorable, está todavía lejos de consolidarse como vía alternativa. La ruptura que supone con el pasado y el inicio de un nuevo proceder son dos logros fundamentales de verdadera trascendencia histórica». ⁶² Ellacuría sabía que en el camino hacia la paz habría dificultades, por lo que lo importante no era constatar lo que ya preveíamos —las dificultades—, sino percibir que el tren, lentamente, empezaba a moverse: «No obstante todas estas dificultades y limitaciones [que está encontrando el diálogo nacional], hay que reconocer también sus enormes posibilidades, y con ellas, el avance que puede suponer. El diálogo es algo nuevo en la situación conflictiva del país, es un favor nuevo que, bien trabajado, puede avanzar el proceso que nos lleva más cerca de las verdaderas soluciones». ⁶³

Iniciar un proceso de pacificación supone tener un horizonte al que se pretende llegar, pero no hay que ser maximalistas. Muchos espíritus de buena voluntad, cargados de nobles y radicales ideales, caen en el maximalismo: o todo o nada. Hay que partir de la realidad y ver con paciencia lo que esta puede dar de sí. Esta es la tesis de Ellacuría: «Lo extremadamente distante de las posiciones iniciales sólo podrá ser superado mediante un paciente ejercicio de realismo que tenga ante los ojos el mayor bien posible del pueblo salvadoreño». ⁶⁴ Y así sostiene su tesis: «El levantamiento armado del FMLN pretendió romper revolucionariamente con el sistema capitalista y pro-imperialista que venía imperando en El Salvador, agudizadamente, desde 1932 para imponer un sistema socialista. Desde este planteamiento y propósito, es claro que sus metas y sus medios políticos suponían cambios radicales en la estructura social y en el ejercicio del poder. El discurrir de los acontecimientos desde 1979 ha podido demostrar al FMLN-FDR que sus metas más radicales son, de momento, inalcanzables y que, por lo tanto, deben ser rebajadas. Lo cual no quita que sus ideales puedan seguir siendo los mismos, así como sus intereses fundamentales». ⁶⁵ A veces, hay que retroceder un paso para luego avanzar dos. Hay que girar al noroeste y luego al noreste, una y otra vez, para acabar alcanzando la cumbre que teníamos al norte.

⁶² *Ibid.*, 1.341.

⁶³ *Ibid.*, 1.342.

⁶⁴ *Ibid.*, 1.344.

⁶⁵ *Ibid.*

Ellacuría, no con estas palabras, que son mías, decía que, en el proceso de pacificación, había que abrir una botella de cava con cada paso adelante que se lograba, porque cada paso era muy importante. En lugar de mirar lo lejos que aún estamos del futuro estado de paz, hay que celebrar cada éxito parcial como si fuera muy importante, mejor dicho, porque es muy importante, porque indica que vamos en la buena dirección. Así, por ejemplo, tras la declaración conjunta del Secretario de Relaciones Exteriores de México, Jorge Castañeda, y el Ministro de Relaciones Exteriores de Francia, Claude Chayson, sobre la situación de El Salvador, que se hizo el 28 de agosto de 1981, Ellacuría afirmó lo siguiente: «[esta declaración] representa la novedad política y diplomática más importante en lo que va de desde el reconocimiento internacional del gobierno salvadoreño, surgido del golpe de Estado del 15 de octubre [de 1979] hasta hoy». ⁶⁶

Ellacuría alababa a los que se animaban a iniciar un proceso de diálogo. Lo más difícil era empezar. El resto no era sencillo, pero no era tan complejo como el inicio. Romper el hielo, superar el tabú, era algo muy importante. «También ha de considerarse como de extraordinaria importancia la petición oficial del FMLN-FDR a la comisión de paz del pacto de Apaneca para mantener contactos en vías de ulteriores encuentros del FMLN-FDR con el propio gobierno de El Salvador. () Se ha roto el hielo y el tabú. Aún con algunas excepciones, ya no se ataca violentamente la propuesta de negociación ni por los partidos políticos ni por el Comité de Prensa de la Fuerza Armada, ni por los grandes medios de comunicación. Todavía queda mucho por hacer, pero ya se ha empezado a hacer. El nunca se ha convertido en ahora. Los propugnadores del diálogo y la negociación ya no son tildados de comunistas y traidores». ⁶⁷

No cabe duda de que cualquier proceso de pacificación puede fracasar. Ellacuría lo sabía. Hay que asumir ese riesgo. Aun cuando el fracaso sea posible, vale la pena intentarlo. Por ello, en 1984, Ellacuría escribía que «Duarte y su gobierno han emprendido el diálogo dándole una importancia grande y comprometiéndose con él ante el pueblo salvadoreño y ante la opinión pública internacional. Aunque no se han comprometido en un camino sin retorno y aun cuando dejan salidas abiertas, no hay duda de que un fracaso en el proceso podría resultarles fatal no sólo para traer una solución seria y definitiva a los pro-

⁶⁶ *Id.*: «La declaración conjunta mexicano-francesa...», *op. cit.*, 1.235.

⁶⁷ *Id.*: «Diez tesis...», *op. cit.*, 1.275.

blemas del país, sino también para su consolidación política así como para la de su partido. Duarte, con esa medida audaz, está corriendo serios peligros, fuertes riesgos políticos, lo cual carecería de sentido si su iniciativa no fuera seria y firme». ⁶⁸ Obsérvese que Ellacuría, a diferencia de otros muchos, valora el paso dado por el presidente democristiano Duarte, e incluso reconoce los riesgos que asume dándolo. Otros no veían sino estrategias vacuas en los anuncios del presidente de la República. Ellacuría temía el fracaso del proceso, no en el sentido de que eso supusiera un fracaso personal, cosa que no le preocupaba lo más mínimo, sino por lo difícil que resultaría reiniciarlo. «El peligro mayor del diálogo no es, por lo pronto, que resulte infructuoso de momento, sino que quede interrumpido, cuando no roto. Desde este punto de vista, es imprudente empezar a proponer en él exigencias tales que hagan imposible su continuación». ⁶⁹ De nuevo, volvemos a la imagen de la excursión: quien pretenda alcanzar la cumbre caminando en línea recta, nunca llegará hasta ella, y dejará exhaustos a los que lo hayan intentado. Había algo importante en la propuesta de Duarte: suponía pasar de la violencia bélica a la palabra política. «Y lo esencial de ella [de la propuesta del presidente Duarte del 8 de octubre de 1984] consiste en dar seguridades a los que, abandonando las armas, quieran defender sus ideas con métodos pacíficos que les pueden dar el poder sólo por la vía de las elecciones. Se trata, pues, de lograr que se abandonen las armas y los métodos violentos para entrar en la lucha política; se lograría así la paz o, al menos, el cese de la guerra y la inserción sin represalias de todos los que más o menos justificadamente en el pasado acudieron a las armas, como única forma de llevar adelante sus derechos». ⁷⁰

A lo largo del proceso de pacificación, hay momentos de dificultad, de paro, momentos en los que parece que el proceso se va a pique. Ellacuría no se desanimaba y decía que había que trabajar para revitalizar el proceso: «Lo que se inició como un proceso esperanzador [8 de octubre de 1984, anuncio de un diálogo nacional hecho por el presidente Duarte en Naciones Unidas] es hoy [1985] un proceso paralizado, pero tal vez pueda revitalizarse, a pesar de las dificultades intrínsecas que tiene y de los intereses encontrados en los cuales está envuelto». ⁷¹

⁶⁸ *Id.*: «El aporte del diálogo...», *op. cit.*, 1.335.

⁶⁹ *Ibid.*, 1.357.

⁷⁰ *Id.*, «Las primeras vicisitudes...», *op. cit.*, 1.309.

⁷¹ *Id.*: «El diálogo del gobierno con el FMLN-FDR...», *op. cit.*, 1.359.

6.7. Cambio de estructuras y cambio personal

Ya hemos visto más arriba la importancia que Ellacuría daba a la búsqueda de las causas profundas de un conflicto nacional. Esas causas suelen ser estructurales, y en el caso del conflicto salvadoreño son fruto de la economía y la sociedad resultantes de años de colonialismo, primero español y luego norteamericano. Por ello, ya hemos mostrado cómo Ellacuría afirmaba que «esa paz implica terminar con lo que se piensa ser la raíz última de todos los males, incluida la falta de paz: la injusticia estructural, las estructuras injustas».⁷²

Ahora bien, la experiencia de algunos procesos revolucionarios habidos a lo largo del siglo xx, como el soviético, el chino o el cubano, o incluso el sandinista en Nicaragua, muestran que de poco sirve cambiar las estructuras si ese cambio no va acompañado de un cambio de los corazones. La conversión personal debe acompañar la transformación de las estructuras, pues, de lo contrario, como muy bien describe el escritor británico George Orwell en su novela *Animal Farm* (en español, *Rebelión en la granja*), al final resulta que los revolucionarios que detentan el poder tras la revolución y los antiguos oligarcas, que lo detenían en el régimen anterior, son idénticos.

Ellacuría aprovechó la gira del Papa Juan Pablo II por Centroamérica y el Caribe para defender esta tesis. «Donde el Papa insistió más fue en la creación de aquellas condiciones subjetivas que son indispensables, tanto para el mejoramiento de las personas, como para el cambio de las estructuras sociales. Fue lo que llamó cambio de actitudes, en lenguaje antropológico, y lo que llamó conversión, en lenguaje teológico. Quizá pudiera parecer que insistía demasiado en el cambio de los factores subjetivos, atribuyéndoles demasiado peso a la hora de realizar el cambio estructural. Pero ese cambio, además de ser importantísimo en sí mismo y a la hora de las transformaciones sociales, es el que cae más cerca a la Iglesia y es más apropiado a su misión».⁷³

Veamos: «cambio de actitudes» en lenguaje antropológico y «conversión» en lenguaje teológico. La actitud es la orientación fundamental de la vida. Vamos hacia el Norte, hacia el Sur, hacia el Este o hacia el Oeste: podremos ir rápido o despacio, en coche o andando, solos o acompañados, pero lo fundamental es hacia qué punto cardinal vamos.

⁷² *Id.*: «Mensaje ético-político de Juan Pablo II...», *op. cit.*, 60.

⁷³ *Ibid.*, 69-70.

La actitud es lo que orienta en el fondo todo lo que hacemos. «Cambiar de actitud» significa reorientar el rumbo profundo de nuestras vidas personales y de nuestro ser miembros de una sociedad y ciudadanos de un país. Por su parte, «conversión» (en latín, «*conversio*») es el tercer paso, después del primero, «*versus*», y del segundo, «*aversio*». «*Versus*» es la línea, la orientación que tenemos en la vida; «*aversio*» es el cambio de rumbo con respecto a esta orientación, es la traición, el pecado, la infidelidad; finalmente, la «*conversio*» es, en un nuevo giro, el regreso al primer camino, después de la infidelidad.

El cambio personal refuerza el cambio de estructuras, y el Papa lo apoya probablemente por la filosofía personalista que inspira sus discursos, afirma Ellacuría: «Pero dar la importancia debida a lo estructural no quita para dar mayor importancia, si cabe, a lo personal. Lo estructural es lo más necesario, pero lo personal es lo más importante. Juan Pablo II [durante su gira por Centroamérica y el Caribe en marzo de 1983] ha puesto sus ojos en el corazón del hombre centroamericano y ha urgido a cambios profundos en la esfera de lo personal. De poco sirven los cambios estructurales si no se llega al cambio interior, al⁷⁴ cambio personal, al cambio de actitudes fundamentales. Por su formación filosófica personalista y por exigencias de su catequesis cristiana, el Papa insiste con fuerza en el papel que desempeñan los factores subjetivos personales en la transformación del hombre, de la sociedad y de las estructuras».⁷⁵

6.8. *Qué hacer durante el proceso*

El proceso de pacificación es largo y avanza despacio. Lo que no tiene sentido es considerar que mientras no se haya llegado al estado de paz, hay que actuar única y exclusivamente en tanto que estado de conflicto violento. A lo largo del camino ya se pueden ir haciendo cosas que apuntan hacia el final de paz. Veamos algunas.

A) HUMANIZAR EL CONFLICTO

Los Convenios de Ginebra, que fueron firmados en sendas convenciones, en esta ciudad suiza, en los años 1864, 1906, 1929 y 1949, a los que hay que añadir los Protocolos de Adiciones de 1977, apostaron

⁷⁴ El texto decía «el», en lugar de «al».

⁷⁵ ELLACURÍA, I.: «El viaje del Papa a Centroamérica», *op. cit.*, 40.

por humanizar el conflicto mientras este no fuera resuelto. Está claro que en una guerra no es lo mismo matar a todos los enemigos heridos que cuidarlos en un hospital. Siguiendo esta intuición de Ginebra, Ellacuría defendía la tesis de que, mientras no se lograra resolver el conflicto, al menos había que humanizarlo tanto como fuera posible. Pensemos que entre los años 1981 y 1984, en El Salvador murieron 15.000 personas por año, la mayoría de ellas civiles salvajemente asesinadas en masacres de horror. Para la población salvadoreña era tan importante alcanzar un día la paz como acordar ya ciertas medidas de respeto a los derechos humanos. Por ello, Ellacuría escribía en 1984 lo siguiente: «Mientras el conflicto se prolonga, es menester humanizarlo al máximo posible. Esta humanización exige, por lo pronto, el escrupuloso cumplimiento de los ordenamientos jurídicos, internacionalmente reconocidos, que tienden a disminuir los horrores de la guerra. De nada sirve decir que la guerra en El Salvador no es una guerra reconocida como tal. Es un hecho, y como tal, causa todos los males propios de la guerra y como tal debe ser sometida a las limitaciones que usualmente se impone a la guerra. Pero esa humanización debe ir lo más lejos posible. En eso hay mucho que avanzar por parte y parte. La prioridad está en los aspectos que dicen relación directa con la vida humana de modo que queden suspendidos todos los actos que van contra ella y contra la dignidad de la persona humana, pero puede y debe extenderse paulatinamente a otros aspectos». ⁷⁶ Y en 1987 volvía sobre esta idea: «La nueva propuesta [de negociación realizada por el FMLN-FDR en 1987] separa lo que llama acuerdo transcendental hacia la humanización y la reducción del impacto de la guerra, del planteamiento para reabrir el diálogo hacia la solución política global. Ambos procedimientos están ligados entre sí, pero no se confunden. Su vinculación está justificada porque la plena humanización y el cese definitivo del impacto de la guerra sólo llegarán cuando se haya dado fin a la misma y, sobre todo, cuando se haya establecido una paz justa, esto es, una situación en la que hayan desaparecido las causas del conflicto mediante un proceso firme no primariamente de democratización, sino de justificación, esto es, de consecución de una situación justa, donde las mayoría populares pueden desarrollar su vida personal. Pero la separación también está justificada, porque no se avizora en modo alguno la finalización inmediata de la guerra, por lo cual es necesario tomar algunas medidas para que la guerra no haga imposible la paz y para que deje de cebarse sobre la población civil y sobre los escasos recursos estratégicos

⁷⁶ *Id.*: «El aporte del diálogo...», *op. cit.*, 1.351.

necesarios para un mínimo desarrollo económico. Y éste parecería ser uno de los supuestos de la nueva propuesta: la guerra no va a terminar, busquemos entonces el modo de paliar sus efectos. El supuesto no es demasiado optimista en cuanto a la prolongación de la guerra, pero muestra una disposición positiva respecto a las necesidades objetivas del pueblo salvadoreño, entre las cuales se encuentran tanto la humanización de la guerra como la disminución del impacto del conflicto sobre la población civil». ⁷⁷

B) VALORAR LA DIRECCIÓN SEGUIDA, NO LOS RESULTADOS

Ya hemos comentado esta idea más arriba cuando hemos afirmado que «la clave no reside en el “dónde estamos”, sino en el “hacia dónde vamos”». Tanto en el mundo de la política como en el de la economía tendemos a evaluar los procesos recorridos por sus resultados: qué tenemos hasta ahora. El realismo mal entendido del mundo empresarial comporta una miopía de futuro y ve el pasado reciente con lupa, lo que supone una doble deformación de los procesos históricos. No cabe duda de que los resultados son importantes, pero cuando hablamos de procesos tan complejos como son la salida de conflictos bélicos, más importante aún que los resultados es la dirección seguida, el «hacia dónde vamos». Esto es lo que hay que priorizar en el proceso de pacificación, por encima de todo.

C) LOS FRACASOS FORMAN PARTE DEL CAMINO

Ya hemos hablado antes del riesgo de fracaso en un proceso de diálogo. La palabra «fracaso» suena a negativo, no cabe duda. Significa no haber logrado un objetivo propuesto, o no haber cumplido algo anunciado. También podríamos decir que las palabras «cansancio» y «dolor» tienen connotaciones negativas; sin embargo, cuando practicamos en serio un deporte, con entrenamientos duros, sentimos cansancio y dolor muscular, y no por ello consideramos que la práctica de ese deporte sea algo negativo; nos parece que el cansancio y el dolor son intrínsecos a la práctica seria de un deporte. Lo mismo ocurre con el fracaso. Es obvio que en un proceso complejo de pacificación habrá fracasos. ¡Faltaría más! Que todo salga a pedir de boca a la primera de cambio es algo que sólo ocurre en las películas malas, pero no en la realidad. En la realidad histórica, los procesos de pacificación conllevan

⁷⁷ *Id.*: «Nueva propuesta de diálogo del FMLN-FDR...», *op. cit.*, 1.427.

fracasos, y estos fracasos forman parte del camino hacia la paz. Ellacuría repitió esto una y otra vez, por activa y por pasiva, contra viento y marea.

En el proceso de pacificación, el fracaso no supone exactamente el incumplimiento de lo anunciado, sino la constatación de la dificultad del camino a recorrer. Al ser un camino complejo, hay que ir intentando encontrar vías de diálogo, que van saliendo mal, aunque poco a poco se va encontrando la salida al laberinto del conflicto.

D) CELEBRAR CADA PEQUEÑO PASO COMO SI FUERA UN GRAN PASO

El proceso de pacificación requiere una pedagogía. Del mismo modo que en la educación de niños y adolescentes no se da todo de golpe, sino gradualmente, en función de la capacidad de asimilación cognitiva del sujeto (tema bien estudiado por el suizo Jean Piaget), en los procesos que llevan del conflicto a la paz no se puede dar todo de golpe, sino por pasos. Y del mismo modo en que celebramos con alborozo los pequeños grandes éxitos del niño (ya sabe andar, ya sabe hablar, ya sabe leer, ya sabe escribir, ya sabe sumar, ya sabe multiplicar, ya sabe ir en bicicleta, ya sabe nadar), dado que esa celebración motiva al niño para seguir aprendiendo, hay que celebrar también cada pequeño paso en el proceso de pacificación como si fuera un gran paso. Podríamos decir que, de hecho, cada pequeño paso es un gran paso. Todo depende del ángulo de observación donde nos situemos: al adulto le puede parecer algo trivial que un niño aprenda a andar, a nadar o a leer, pues él, el adulto, hace años que domina todo esto; pero para el niño es un gran paso, como también lo fue para el adulto en su infancia de hace años, aunque él ya no lo recuerde. Por ello, si nos situamos en el estado de guerra que poco a poco vamos dejando atrás, cada paso hacia la paz es grande, y hay que celebrarlo. Como decíamos más arriba, en un proceso de pacificación hay que tener buen cava en la nevera, e ir sacándolo, botella tras botella, para celebrar cada pequeño gran paso.

7. Tras el conflicto

Desgraciadamente, Ellacuría no llegó a ver el final de la guerra civil salvadoreña, aunque ya apuntaba en el horizonte. Su muerte por asesinato en noviembre de 1989, junto con cinco compañeros jesuitas, una cocinera y la hija de esta, refugiadas en las casa de los Padres du-

rante los días de toque de queda, precipitó enormemente la llegada de los Acuerdos de Paz, dado que la opinión internacional, especialmente norteamericana, no pudo soportar la imagen de aquellos sacerdotes, hombres de paz, muertos en la hierba de la UCA. No deja de ser curioso que la noticia de 75.000 muertos violentamente, en su mayoría civiles, no conmoviera a la opinión pública internacional, y en cambio sí lo hiciese la imagen de seis sacerdotes asesinados sobre el césped del campus universitario. El hombre será siempre un misterio.

Por ello, Ellacuría no desarrolló tan abundantemente la reflexión sobre esa etapa que aún no había llegado, pero sí nos dejó algunos esbozos. Veámoslos.

7.1. *La reconciliación es posible: del relato de la verdad a la poesía de la reconciliación. El caso de Sudáfrica*

Ellacuría estaba convencido de que la reconciliación era posible. Esto se dice fácilmente, pero, de hecho, cuesta mucho de creer. ¿Nos imaginamos acaso hoy un Estado de Israel (o dos Estados, uno judío y otro palestino) donde hubiera armonía entre judíos y musulmanes, sin miedos ni agresiones entre ambas comunidades? ¿Quién cree que esto pueda llegar algún día? Así estaba El Salvador en los años 80. Pocos creían, prácticamente nadie, en una futura reconciliación nacional. Ellacuría pertenecía a esta minoría soñadora, utópica, que acabó siendo la que defendió una postura más realista, pues esa reconciliación llegó efectivamente, en los años 90, aunque no la solución de las causas profundas que habían generado el conflicto.

En mi libro *Atrapados en la violencia: ¿hay salida?* (op. cit.), analizo la posibilidad real que existe de superar un conflicto violento de gran escala, que no sea simplemente la victoria del fuerte sobre el débil, tras lo cual se plantea la pregunta acerca de si la reconciliación es posible. Una vez acabada la dictadura, o acabada la guerra civil, ¿pueden convivir en la misma ciudad víctimas y verdugos? Una vez superado el *apartheid*, en Sudáfrica se plantearon seriamente esta pregunta. En 1994, año en que el líder negro Nelson Mandela fue proclamado Presidente después de obtener la mayoría absoluta en las primeras elecciones democráticas, se inició una nueva etapa en la historia de aquel país. Hasta entonces, en el contexto del *apartheid*, se habían cometido horrores (de los blancos hacia los negros) y había habido muchos atentados terroristas (de los negros hacia los blancos). Era imposible devolver la vida a los muertos. Era imposible hacer desaparecer el dolor de los hombres torturados y de las mujeres violadas. ¿Qué hacer? Tal como hemos ex-

plicado más arriba, los sudafricanos entendieron que, cuando se ejerce violencia en el contexto de una dictadura o de una opresión de la minoría a la mayoría, se producen dos atentados: 1/ el atentado a la vida, que no se puede restituir, y 2/ el atentado a la verdad. El torturador no sólo agrede el cuerpo del oprimido, sino que le quita la verdad de su relato. El torturador, el vencedor, escribe la historia. Justifica racionalmente su actitud. ¿Por qué, si no, los talibanes de Afganistán eran «guerreros de la libertad», cuando estaban aliados con la Administración Reagan contra los soviéticos, y son hoy «terroristas», cuando son enemigos de la ocupación norteamericana? ¿Por qué, si no, los franceses que lucharon clandestinamente contra los alemanes durante la II Guerra Mundial son recordados como «la resistencia», mientras que los iraquíes que luchan contra la invasión occidental y los palestinos que luchan contra Israel reciben el calificativo de «terroristas»? ¿Por qué, si no, hemos visto infinitas películas sobre lo malos que fueron los nazis y ninguna sobre las bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki, muy pocas acerca de Vietnam, y casi ninguna acerca de las masacres en Centroamérica durante los años 80? Muy sencillo: porque la historia la escriben siempre los vencedores, los que detentan el poder. En España, en la historiografía acerca de la Guerra Civil, tuvimos 40 años de apología de los «nacionales» y de condena de los «rojos»; llevamos ahora 30 años de apología de los «republicanos» y de condena de los «fascistas»; y todavía está por escribir la historia de «la Tercera España» (Luis Lucía Lucía, Manuel Carrasco i Formiguera, etc.), olvidada interesadamente por unos y por otros.

Decíamos que el torturador agrede también el relato. Le quita al torturado la verdad de su relato. Durante las dictaduras argentina y chilena, en los años 70 y 80, los respectivos gobiernos negaban que los miles de desaparecidos hubiesen sido detenidos, y mucho menos asesinados, y llegaban a afirmar que se habían ido del país voluntariamente y que debían de estar viviendo de maravilla en algún rincón del extranjero. A las madres, esposas, hijos, de los desaparecidos, no sólo se les arrebató para siempre el hijo, el marido, el padre, sino también la verdad acerca de lo acontecido. No sólo habían perdido al familiar, sino también la verdad del relato: no podían decir que su familiar había sido detenido y asesinado por el régimen —que era la verdad—, sino que tenían que escuchar cómo se decía que él era un aprovechado que había abandonado a su familia vivía bien en algún rincón del mundo.

Hemos citado más arriba la obra de Teresa Godwin Phelps, *Shattered Voices*, cuando hemos comentado que lo que se intentó hacer

en Sudáfrica fue devolver la verdad a las víctimas, algo que estuvo en el orden de lo que hemos denominado «justicia restitutiva». Esto está muy bien descrito en la obra de teatro de Ariel Dorfman, *La muerte y la doncella*, que luego daría lugar a la película homónima de Roman Polanski. Tras las dictaduras, los familiares de las víctimas, o las víctimas mismas aún vivas, no pueden recuperar a los seres queridos desaparecidos para siempre, no pueden sacarse de encima el recuerdo horroroso de las torturas, violaciones y vejaciones sufridas, pero al menos pueden escuchar en boca de los verdugos estas palabras, mientras les miran a los ojos: «sí, lo hicimos». Y, si a estas palabras se añaden otras de sincero arrepentimiento, tanto mejor: «y lo sentimos». La experiencia de miles de víctimas muestra que sólo esto, tan aparentemente sencillo, pero en realidad tan complejo, resulta liberador, tal como se ve al final de la película *La muerte y la doncella*.

7.2. *La amnistía como problema moral*

Ahora bien, en esta problemática aparecen conceptos distintos que conviene no confundir: «reconciliación», «perdón», «amnistía». Vayamos por partes.

La violencia que se ejerce contra los inocentes en una dictadura o en una guerra afecta a dos órdenes: el orden de la legalidad y el orden de la moralidad. Alguien podría decir que los asesinatos cometidos por el gobierno en una dictadura son legales, aunque no morales, ya que son acordes a la legislación vigente. Esto es falso en la mayoría de los casos. La mayoría de las dictaduras prohíben sobre el papel el asesinato y la tortura, a fin de quedar bien ante la comunidad internacional, aunque luego en la práctica quienes matan o torturan en defensa del régimen gozan de una total impunidad. En el caso hipotético de que la legislación de una dictadura permitiera abiertamente el asesinato y la tortura, entonces todo el sistema como total estaría en la inmoralidad, aunque, obviamente, en ese caso, la tortura y el asesinato cometidos por el régimen serían legales.

Cuando se acaba la dictadura y se revisa lo acontecido, se ve cómo ha habido violación tanto en el orden de lo legal como en el orden de lo moral. El nuevo orden político tiene derecho a juzgar a los responsables de la violación del sistema legal, e incluso puede considerar que se les puede juzgar aun cuando la violación haya sido sólo moral, y no legal, como fue el caso en los juicios de Nuremberg tras la II Guerra Mundial. Y, por supuesto, la cuestión acerca de «quién fue responsable y quién no lo fue» es de una complejidad enorme.

Tenemos aquí, pues, el orden de la justicia, que tiene su propia secuencia lógica: leyes, incumplimiento, juicio, pena. Ahora bien, cuando ha habido agresiones por parte de varios grupos entre sí, o cuando habría que juzgar a medio país para hacer justicia, cabe hablar entonces de una *amnistía*, esto es, de la decisión de no juzgar determinados delitos, tal como se hizo en España al inicio de la democracia en relación a la dictadura del general Franco.

En el orden de lo moral, nos encontramos con el tema del *perdón*. Sólo las víctimas o los familiares de las víctimas desaparecidas pueden perdonar. Ninguna estructura política puede perdonar. Si las víctimas, con el deseo de reconstruir pacíficamente el país, perdonan, darán un paso muy importante, que tiene poco que ver con lo legal, pues la justicia sigue su propio curso. Sólo en casos puntuales se han juntado ambas cosas: en Sudáfrica, en las Comisiones de la Verdad y la Reconciliación, los asesinos que pidieran perdón en público mirando cara a cara a los familiares de sus víctimas, recibían el perdón de estos y la amnistía del Estado. Ambas cosas.

Por su parte, *reconciliación* sería el acuerdo para reconstruir pacíficamente la convivencia en una sociedad tras un período de conflicto violento. Es lo que sigue al perdón y quizás también a la amnistía.

Ellacuría no llegó a ver la paz, pero la preparó, y por ello tiene textos interesantes sobre la amnistía y sobre la reconciliación. Por ejemplo, cuando el presidente Duarte habló, en su discurso del 8 de octubre de 1984 ante la Asamblea de las Naciones Unidas, de la posibilidad de una amnistía tras una hipotética superación del conflicto salvadoreño, Ellacuría recibió el anuncio con optimismo: «Para facilitar la incorporación de los alzados en armas al proceso democrático, el presidente se propone conseguir una amnistía general, inmediata e irrestricta, ofrece controlar cualquier exceso por parte de la Fuerza Armada contra quienes quieran reincorporarse a la vida social y política; igualmente “la libre participación en la organización y actividades políticas” y la posibilidad de inscribirse como partido político, con todas las prerrogativas y derechos del resto de los partidos políticos».⁷⁸ Ellacuría consideraba que era bueno hablar sobre la amnistía. No es que considerara que sistemáticamente los delitos contra la humanidad cometidos durante una guerra o una dictadura debieran quedar sin castigo alguno, sino más bien se trataba de tejer las condiciones de la paz, y para ello era nece-

⁷⁸ *Id.*: «Las primeras vicisitudes...», *op. cit.*, 1.310.

sario hablar de amnistía. «En este contexto [de un proceso de diálogo nacional] debe hablarse de la amnistía. La amnistía de los actuales presos políticos puede ser un signo favorecedor del diálogo y hasta cierto punto favorecedor de la apertura política. Pero lo importante es que se reduzca al máximo y se legisle mejor la figura misma del delito político. También que se normalice y se agilice el proceso de quienes son inculpados». ⁷⁹ Somos conscientes de que aquí hablamos de dos amnistías distintas: la amnistía a la que hacen referencia Ellacuría y Duarte es la de los presos políticos, mientras que la amnistía a la que aludimos nosotros es la de los responsables de crímenes contra la humanidad. Lo que pasa es que en un estado de guerra, cada lado considera que sus crímenes están justificados, por lo que no necesitan de amnistía alguna, mientras que los del lado opuesto no lo están, por lo que se puede hablar de amnistía, aunque con dificultad. En síntesis, amnistía significa no juzgar ni condenar por lo cometido, sino olvidar y construir algo nuevo. Problema moral complejo. Ahora bien, en esa dirección van los textos de Ellacuría y del propio Papa Juan Pablo II, citados por él. «El Papa [Juan Pablo II, en su gira por Centroamérica y el Caribe] hace un llamado a la reconciliación. Mucho habrá de trabajarse por ella. Pero no se puede esperar a que los ánimos se reconcilien para encontrar la salida inicial de los grandes problemas centroamericanos. Mucho antes hay que llegar a una salida de los conflictos, pues de poco servirán las palabras y llamados si la guerra y, sobre todo, la represión siguen fomentando su espiral de odio y de violencia. Hay que acabar con la guerra y la represión, y si el final no ha de venir por la fuerza bruta y por el holocausto, tendrá que serlo por algún otro medio acordado entre las partes principales, que hoy llevan el peso del conflicto». ⁸⁰ Ellacuría, siguiendo al Papa, era consciente de que no cualquier reconciliación era buena, sino una que se diera con determinadas condiciones: «El Papa () clama por la reconciliación, una reconciliación de los ánimos, pero también una reconciliación socio-política. () Hay caminos abiertos para la paz y la reconciliación, según el Papa. Está, ante todo, el cese de toda hostilidad y la renuncia al uso de las armas, lo cual incluye el freno a la lucha armada y, sobre todo, a las represiones brutales; está, en segundo lugar, la "garantía segura de que nadie será objeto de represalia o de venganza"; está, en tercer lugar, el intento de aunar esfuerzos e iniciativas que aseguren al país una vitalidad renovada y un progreso ordenado; está, en cuarto lugar, el trabajo por la reconcilia-

⁷⁹ *Id.*: «El aporte del diálogo...», *op. cit.*, 1.355.

⁸⁰ *Id.*: «Mensaje ético-político de Juan Pablo II...», *op. cit.*, 73.

ción en el ámbito de la familia, en el ámbito eclesiástico y también en el ámbito del trabajo, “donde con tanta frecuencia se agudizan los problemas humanos que atormentan a la comunidad nacional”; está, en quinto lugar, la palabra y la acción de la Iglesia, constituida en una sólida fuerza moral a favor de la fraternidad y de la solidaridad, a favor de los derechos humanos y de la identidad moral y cultural de una nación cristiana. Estos serían algunos caminos de la paz, si es que son emprendidos con la firme convicción de que la raíz de todos los males salvadoreños es la injusticia social y de que no hay paz verdadera si no responde a los dictados de la verdad, de la justicia social, de la libertad y del amor. Es posible la paz, dice el Papa, es urgente, pero los métodos emprendidos para alcanzarla no han sido los adecuados o no son ya los adecuados. Hay que cambiarlos, hay que sustituir la metodología de la violencia por la metodología de la paz; hay que sacar de la responsabilidad de las soluciones a los militares y a sus métodos para ponerlas en manos del pueblo y de la sociedad civil». ⁸¹

Para Ellacuría, fue muy importante el hecho de que el Papa pidiera que ambos bandos abandonaran las armas como paso previo al proceso de reconciliación: «“Esa reconciliación () debe realizarse a todos los niveles y, ante todo, entre hermanos que empuñan las armas, movidos por intereses contrarios y guiados por ideologías que sacrifican las aspiraciones fundamentales de la persona humana. Para unos y para otros, condición indispensable de la reconciliación es el cese de toda hostilidad y la renuncia al uso de las armas”. Es una de las afirmaciones más graves y comprometidas del Papa [en su gira por Centroamérica y el Caribe]. El Papa está proponiendo que los dos bandos abandonen el uso de las armas, cada uno de ellos con sus propios intereses y con su propia ideología». ⁸²

7.3. *La paz verdadera*

¿Qué paz hay que buscar? No cabe duda de que hay muchos tipos de paz. Si por paz entendemos «ausencia de violencia», «ausencia de conflictos», en ningún lugar hay tanta paz como en un cementerio, donde todos están muertos. Por ello, Ellacuría insistió una y otra vez en que no cualquier paz era buena, sino sólo la «paz verdadera». «De ahí que carezca de sentido», decía Ellacuría, «proponer como legí-

⁸¹ *Id.*: «Juan Pablo II y el conflicto salvadoreño», *op. cit.*, 28-30.

⁸² *Ibid.*, 26.

tima una fórmula de pacificación sólo porque se invoque el nombre de la paz. No se puede ir a la paz, dice el Papa, con “renuncia a la debida justicia o a la defensa de los pobres marginados ni se puede alcanzar la paz con intentos de pseudojusticia”. Una paz con menoscabo de la defensa de los pobres y de los marginados, ni es paz verdadera, ni es paz cristiana. Los pobres siguen necesitando de defensa eficaz de sus vidas y de sus derechos, y la Iglesia está obligada a tomar sobre sus hombros la causa de los pobres, por muchos problemas que esto le acarree. Hay que buscar la paz, pero la paz verdadera, la paz que resuelva los problemas nacionales. Hay que buscar la paz por el camino de la reconciliación, que exige esfuerzos de las dos partes en conflicto y no sólo de una de ellas, por el hecho de que esté en la oposición. Hay que trabajar por la paz que lleve “a instaurar una convivencia fundada sobre el respeto de cada individuo y de los valores de cada sociedad civil”. Cuando, por consiguiente, el Papa rechaza la violencia, no está por eso propiciando el pacifismo, que impide al violentado defenderse de su violentador; el pacifismo que se consigue con el terror, la muerte y la desaparición de todo aquel que se atreve a disentir. Ni pacifismo, ni violencia. ¿Qué entonces? Paz verdadera». ⁸³

La paz verdadera lleva incorporado el trabajo por la verdad, por la justicia, por la libertad y por el amor, sin el cual carece de legitimidad, tal como dice Ellacuría citando al Papa Juan Pablo II: «“Esta palabra quiere ser sobre todo una reiterada llamada a la paz y a la reconciliación”, dice el Papa. Pero, ¿de qué paz se trata? Es una paz que “debe realizarse en la verdad, debe construirse sobre la justicia, debe ser animada por el amor, debe hacerse en la libertad”. Verdad, justicia, libertad, amor. Sin ellas no hay paz». ⁸⁴ Dicho sintéticamente, y con esto concluyo: «El objetivo final es claro: paz con justicia, paz con dignidad». ⁸⁵

⁸³ *Ibid.*, 25-26.

⁸⁴ *Ibid.*, 24-25.

⁸⁵ *Id.*: «Mensaje ético-político de Juan Pablo II...», *op. cit.*, 59.